Número suelto $5 CINCO PESOS. Suscripción mensual, $20

LA ACTUALIDAD

GUATEMALA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

MARROQUIN HNOS. EDITORES

INTERNATIONAL RAILWAYS OF CENTRAL AMERICA

Itinerario en vigor desde el día 1º de octubre de 1916.

GUATEMALA A AYUTLA

DIARIAMENTE

Sale de Guatemala	7.15	a. m.
,, ,, Morán	8.05	,,
,, ,, Laguna	8.15	,,
,, ,, Amatitlán	8.38	,,
,, ,, Palín	9.03	,,
,, ,, San Fernando	9.35	,,
,, ,, Escuintla	10.15	,,
,, ,, Santa María	10.40	,,
,, ,, Obispo	11.16	,,
,, ,, Pantaleón	11.31	,,
,, ,, Santa Lucía	11.40	,,
,, ,, Buena Vista	12.05	p. m.
Llega a Patulul	12.40	,,
Sale de ,,	1.10	,,
,, ,, Guatalón	1.35	,,
,, ,, Nahualate	2.00	,,
,, ,, Palo Gordo	2.20	,,
,, ,, Mazatenango	2.55	,,
,, ,, Cuyotenango	3.15	,,
,, ,, Muluá	3.33	,,
,, ,, San Sebastián	3.38	,,
,, ,, Retalhuleu	3.51	,,
,, ,, Las Cruces	4.16	,,
,, ,, San Miguelito	4.41	,,
,, ,, Santa Joaquina	5.06	,,
,, ,, Coatepeque	5.36	,,
,, ,, Pajapita	6.26	,,
Llega a Ayutla	7.00	,,

AYUTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de Ayutla	6.00	a. m.
,, ,, Pajapita	6.30	,,
,, ,, Coatepeque	7.20	,,
,, ,, Santa Joaquina	7.45	,,
,, ,, San Miguelito	8.10	,,
,, ,, Las Cruces	8.35	,,
,, ,, Retalhuleu	9.05	,,
,, ,, San Sebastián	9.13	,,
,, ,, Muluá	9.23	,,
,, ,, Cuyotenango	9.38	,,
,, ,, Mazatenango	10.08	,,
,, ,, Palo Gordo	10.33	,,
,, ,, Nahualate	10.53	,,
,, ,, Guatalón	11.18	,,
Llega a Patulul	11.43	,,
Sale de ,,	12.10	p. m.
,, ,, Buena Vista	12.45	,,
,, ,, Santa Lucía	1.10	,,
,, ,, Pantaleón	1.20	,,
,, ,, Obispo	1.37	,,
,, ,, Santa María	2.15	,,
,, ,, Escuintla	2.45	,,
,, ,, San Fernando	3.15	,,
,, ,, Palín	3.48	,,
,, ,, Amatitlán	4.13	,,
,, ,, Laguna	4.36	,,
,, ,, Morán	4.46	,,
Llega a Guatemala	5.45	,,

GUATEMALA A SAN JOSE

DIARIAMENTE

Sale de Guatemala	7.15	a. m.
Llega a Escuintla	10.10	,,
Sale de ,,	1.40	p. m.
,, ,, Santa María	2.15	,,
,, ,, Naranjo	2.41	,,
,, ,, Obero	3.05	,,
Llega a San José	3.30	,,

SAN JOSE A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de San José	9.15	a. m.
,, ,, Obero	9.45	,,
,, ,, Naranjo	10.10	,,
,, ,, Santa María	10.40	,,
Llega a Escuintla	11.10	,,
Sale de ,,	2.45	p. m.
Llega a Guatemala	5.45	,,

GUATEMALA A ESCUINTLA

DIARIAMENTE

Sale de Guatemala	7.15	a. m.	2.00	p. m.
,, ,, Morán	8.05	,,	3.10	,,
,, ,, Laguna	8.15	,,	3.30	,,
,, ,, Amatitlán	8.38	,,	4.13	,,
,, ,, Palín	9.03	,,	4.45	,,
,, ,, San Fernando	9.35	,,	5.23	,,
Llega a Escuintla	10.10	,,	5.55	,,

ESCUINTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de Escuintla	6.00	a. m.	2.45	p. m.
,, ,, San Fernando	6.40	,,	3.15	,,
,, ,, Palin	7.25	,,	3.48	,,
,, ,, Amatitlán	8.10	,,	4.13	,,
,, ,, Laguna	8.45	,,	4.36	,,
,, ,, Morán	9.00	,,	4.46	,,
Llega a Guatemala	10.20	,,	5.[illegible]	,,

SAN ANTONIO A RETALHULEU

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de San Antonio	6.00	a. m.
,, ,, Palo Gordo	6.25	,,
,, ,, Mazatenango	7.10	,,
,, ,, Cuyotenango	7.32	,,
,, ,, Muluá	7.56	,,
,, ,, San Sebastián	8.03	,,
Llega a Retalhuleu	8.10	,,

RETALHULEU A SAN ANTONIO

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de Retalhuleu	2.30	p. m.
,, ,, San Sebastián	2.38	,,
,, ,, Muluá	2.48	,,
,, ,, Cuyotenango	3.15	,,
,, ,, Mazatenango	4.05	,,
,, ,, Palo Gordo	4.30	,,
Llega a San Antonio	4.50	,,

RETALHULEU A CHAMPERICO

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de Retalhuleu	8.20	a. m.
,, ,, Las Cruces	8.51	,,
,, ,, Caballo Blanco	9.06	,,
Llega a Champerico	10.15	,,

CHAMPERICO A RETALHULEU

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de Champerico	11.30	a. m.
,, ,, Caballo Blanco	12.35	p. m.
,, ,, Las Cruces	12.50	,,
Llega a Retalhuleu	1.25	,,

SAN FELIPE A MULUA

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de San Felipe	7.00	a. m.	1.30	p. m.
,, ,, Casa Blanca	7.12	,,	1.42	,,
,, ,, San Andrés	7.25	,,	1.55	,,
Llega a Muluá	7.50	,,	2.20	,,

MULUA A SAN FELIPE

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de Muluá	9.30	a. m.	3.45	p. m.
,, ,, San Andrés	10.00	,,	4.15	,,
,, ,, Casa Blanca	10.20	,,	4.35	,,
Llega a San Felipe	10.35	,,	4.50	,,

AYUTLA A OCOS

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de Ayutla	7.10	p. m.
Llega a Ocós	7.50	,,

OCOS A AYUTLA

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de Ocós	5.10	a. m.
Llega a Ayutla	5.50	,,

Itinerario de Trenes en la División del Atlántico que regirá desde el 15 de marzo de 1917.

De Guatemala a Puerto Barrios

Sale de Guatemala	7.00 a.m.
,, ,, Fiscal	7.59 ,,
,, ,, Agua Caliente	8.26 ,,
,, ,, Sanarate	9.37 ,,
,, ,, Estrada C.	10.02 ,,
,, ,, Progreso	10.32 ,,
,, ,, Rancho	11.02 ,,
,, ,, Jícaro	11.25 ,,
,, ,, Cabañas	11.47 ,,
,, ,, Reforma	12.06 p.m.
Llega a Zacapa	12.41 ,,
Sale de Zacapa	1.06 ,,
,, ,, Gualán	2.20 ,,
,, ,, Santa Inés	3.10 ,,
,, ,, Los Amates	3.30 ,,
,, ,, Quiriguá	3.41 ,,
,, ,, Montúfar	4.16 ,,
,, ,, Virginia	4.33 ,,
,, ,, Morales	5.01 ,,
,, ,, Darmouth	5.17 ,,
,, ,, Cayuga	5.34 ,,
,, ,, Tenedores	5.51 ,,
Llega a Puerto Barrios	6.40 ,,

De Puerto Barrios a Guatemala

Sale de Puerto Barrios	6.40 a.m.
,, ,, Tenedores	7.29 ,,
,, ,, Cayuga	7.46 ,,
,, ,, Darmouth	8.05 ,,
,, ,, Morales	8.23 ,,
,, ,, Virginia	8.50 ,,
,, ,, Montúfar	9.06 ,,
,, ,, Quiriguá	9.45 ,,
,, ,, Los Amates	9.55 ,,
,, ,, Santa Inés	10.14 ,,
,, ,, Gualán	11.07 ,,
Llega a Zacapa	12.16 p.m.
Sale de Zacapa	12.41 ,,
,, ,, Reforma	1.15 ,,
,, ,, Cabañas	1.34 ,,
,, ,, Jícaro	1.56 ,,
,, ,, Rancho	2.25 ,,
,, ,, Progreso	2.57 ,,
,, ,, Estrada C.	3.27 ,,
,, ,, Sanarate	3.54 ,,
,, ,, Agua Caliente	5.05 ,,
,, ,, Fiscal	5.37 ,,
Llega a Guatemala	6.40 ,,

De Guatemala a Ciudad Estrada C

Sale Guatemala	Diario	7.05 a.m.
,, ,,	,,	7.15 ,,
,, ,,	,,	9.00 ,,
,, ,,	,,	12.05 p.m.
,, ,,	,,	2.00 ,,
,, ,,	,,	4.00 ,,
,, ,,	,,	5.55 ,,
Sale de Estrada C.	Diario	7.22 a.m.
,, ,,	,,	9.17 ,,
,, Pamplona	,,	10.10 ,,
,, Estrada C.	,,	1.25 p.m.
,, ,,	,,	4.17 ,,
,, Pamplona	,,	5.35 ,,
,, Estrada C.	,,	6.12 ,,

DOMINGOS SOLAMENTE

Sale de Guatemala	3.00 p.m.
,, ,,	5.00 ,,
Sale de Estrada C.	3.17 p.m.
,, ,,	5.17 ,,

J. H. CLEGG,
Superintendente de Transportes.

R. M. LEECH,
Superintendente General.

A. CLARK.
Gerente General

"LA ACTUALIDAD"

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

No. 242. Guatemala, 28 de junio de 1919. Año VI.



NOTAS EDITORIALES

30 DE JUNIO

Cuarenta y ocho años se cumplen el dia de hoy, que la Revolución levantada en nombre de una idea, penetró triunfante a nuestra Capital, cambiando los derroteros que había seguido el país.

No la fuerza, sino las ideas, fueron las vencedoras No los hombres por grandes que los supongamos, pueden imponerse, sino las corrientes nuevas que traen otros ideales, y otras tendencias. El movimiento enarboló una bandera, y al rededor de ella se cobijaron los que otras aspiraciones tenían; lanzó un programa, y lo suscribieron, los que ansiaban las reformas y con ellas el progreso para la amada patria. Y las ideas que son invencibles y por eso gobiernan al mundo, derrocaron sistemas, destruyeron instituciones y nulificaron hombres, para poder seguir una marcha completamente distinta de la que se habia traído, más en armonia con el anhelo general y más humanamente posible con las modalidades de las sociedades modernas.

Y la Revolución triunfante abrió escuelas para el pueblo por que la instrucción es fuente inagotable de progreso; reconoció la libertad de cultos, para que los hombres de todos los credos, pudiesen asociarse a nuestra causa y laborar con nosotros; ensanchó la esfera de acción administrativa, para dar lugar a todas las actividades; aventó muy lejos las viejas apegadas tradiciones, para que no fueran un bagaje pesado en la marcha general del país; fijó pricipios para que rigieran en toda su amplitud cuando afirmadas las bases, se entrara en la normalidad de la vida social: y creó aspiraciones, para que los espíritus tuviesen más horizontes.

No todo se pudo hacer de momento porque nada en el mundo se improvisa; pero si se sentaron bases, a manera de punto de partida, para que se desarrollaran en el tiempo y en el espacio. Todo esto y algo más hizo la Revolución; a los hombres del porvenir tocaba cumplir la evolución —y de ellos y no de la Revolución— es de quienes hay que esperar que inspirándose en aquel movimiento reformador, lo continúen con fe y con miras honradas.

Repetimos que los hombres en los cataclismos de los pueblos, somos secundarios como lo son en cierto sentido los actores en los grandes dramas, que se sujetan a la vida creadora, al pensamiento profundo del autor; pero así y todo, como esos mismos actores, pueden trasmitir su alma y su cerebro a la vida de la escena, y asociar su nombre para agrandar la magnitud y la grandiosidad de la obra creada, viviendo así la vida del sublime autor e inmortalizándose con él.

Tal envidiable papel, es el que cumplieron García Granados y Barrios, el hombre idea y el hombre acción, en nuestro movimiento revolucionario; y no se puede hablar de éste en sus consecuencias, sin traerlos a la mente, como corolario de sucesos y de épocas. Sin ellos, quizás la reforma hubiera sido imposible en muchos años.

En este día de grandes recuerdos, hacemos votos sinceros porque las corrientes de antaño sigan rectamente su directriz, inspirados los hombres de hoy día en aquellos ideales; y enviamos nuestro respetuoso saludo al Señor Doctor don Manuel Estrada Cabrera, Presidente Constitucional de la República, y Jefe del Partido Liberal de Guatemala.

BAJO LAS ALAS DEL AGUILA.

LIBERTY LOAN

James Rolph, jr. el simpático Alcalde (Mayor) de San Francisco, está muy preocupado en éstos dias Su clamoreo de pena repercute en todos los ámbitos; su voz de patriótica angustia llena el horizonte; su figura de Jeremías se yergue desolada desde lo más alto del City Hall. Y no se piense que Rolph es un plañidor de oficio. Todo lo contrario: nada más popular que su "bonhomie" campechana, que su sonrisa democrática en sus labios de millonario. Es un hombre exuberante y jovial, y por lo mismo, amado del pueblo, que ve en él a uno de los suyos.

¿Entonces? La pena del Alcalde tiene razón de ser. El Gobierno Federal, que debe hacer frente a enormes gastos, ha lanzado el quinto de sus empréstitos de guerra. (Victory Loan) haciendo al pueblo americano un llamamiento supremo; y el dólar omnipotente y rubio ha corrido a raudales en mganífica respuesta.

Pero, y esto es lo grave, San Francisco está lejos de haber llenado su cuota de 79 y pico de millones; no ha llegado ni siquiera a los veinte.... ¡y el sábado es el último día del empréstito! ¡Quedan tres días nada más para que la ciudad entregue los sesenta millones que le faltan!

Ante semejante hecho, Rolph exclama en una de las patéticas proclamas dirigidas al pueblo: "San Francisco está a punto de quedar deshonrada; San Francisco debe evitarse este dolor.."

"Desde los campos europeos, en que se llenó de laureles, Pershing le dirige un cáblegrama sobre la actitud de la gran ciudad en estas horas criticas; y el Secretario del Tesoro hace lo mismo desde Washington. El Alcalde, vastamente secundado, realizará en los días que faltan —¡muy pocos días!— un gigantesco esfuerzo. El dólar será bombardeado, acorralado, atacado con gases asfixiantes, extraído de sus escondites a punta de bayoneta. Jamás criminal alguno ha sido perseguido con tan ardoroso empeño: Uncle Sam necesita dinero, mucho dinero, y lo tendrá.

Aquí, por de pronto, se ha dispuesto el cierre de las escuelas públicas para el viernes y sábado próximos, a fin de que sesenta y cinco mil de sus alumnos vayan a la caza del dinero rebelde que se embosca en los antipatrióticos bolsillos. Y eso que la propaganda no se ha hecho con desmayos. No: todo lo contrario. Ha sido formidable, fantástica, increíble, —yankee, en fin. Estas gentes no hacen nada a medias.

¡Ah, la obsesión del Victory Loan! Se sueña con él. Se le encuentra al acostarse y al despertar. Nos acompaña a todas partes. No es posible pensar en otra cosa: no lo dejan a uno. Al abrir cualquier diario, por cualquier página, se encuentra, en grandes letras, el imperativo: "Subscríbase usted ahora mismo!" Al pie de un aviso o de un cablegrama, en prosa o en verso, o en dibujos sugestivos —en todas las formas imaginables— siempre el 5º empréstito, que será el último, por fortuna..

Se habla de los héroes caídos bajo la metralla, allá en la selva hostil del Argonne, subrayando. que ellos sí supieron cumplir con su deber. "Afirmamos con hechos nuestras palabras, exclama el Chronicle, y subscribe 50,000 dólares; "No hay mejor inversión para su dinero", dice el Examiner, tocando una cuerda aquí (y en todas partes) muy sensible: "la garantiza el Gobierno Federal y gana el 4 y tres cuartos %"; y en el católito Monitor se lee, al pie de un retrato de Roosevelt: "El ya hubiera comprado bonos porque era un verdadero americano"......

Y no hay escape posible, porque no es únicamente en la prensa, sino en todas partes. Se va a misa, y el sermón versa sobre el Victory Loan. Sobre plataformas, en las esquinas de las calles más céntricas, oradores populares, con un estado mayor de mujeres, hablan interminable, torrencialmente. Algunos dan rodeos para evitar el peligro; pero muchos se acercan, incautos, y se subscriben. Entre número y número de los programas, en los cincuenta y cinco teatros de la población, hay también derroches de patriótica elocueneia. Hay en la calle puestos de venta de los bonos, embanderados y encortinados. A cada compra resuena un "thank you" más dulce que la miel. Circulan tanks pequeños, auténticos tanks de la guerra, a guisa de reclame. A donde quiera que se vuelva la cabeza se mira una gran V azul sobre fondo rojo: es otro anuncio, que se multiplica por centenares de miles en toda la ciudad. La Torre de la Libertad, en la conjunción de Geary y Market,

se ha convertido, provisionalmente, en Torre de la Victoria.

Las mujeres, que no dejan en paz a nadie (aunque no haya empréstitos) se han organizado en formidables batallones que llevan nombres inmortales: Chateau-Thierry, Marne, Piave, Verdun.....

Pero con todo y esta campaña inaudita, de la que apenas doy una vaga idea, el nivel de la suscripción sube lentamente, comparado con el límtie que se le asignó. Por lo menos, el éxito completo es dudoso, aunque, viéndolo bien, para los americanos no hay imposibles. La ciudad del Golden Gate está abocada a un fracaso; y eso es lo que a la prensa, a los comités y a las autoridades les parece peor que un cataclismo, peor que una peste, peor que una catástrofe.

"Pero eso no será," exclama desde su Capitolio de Sacramento el Gobernador Stephens. ¡Forward California! ¡Forward San Francisco! Hay que responder a la petición de Washington; hay que contribuir a la grande, a la complicada obra de la reconstrucción nacional. Lo contrario sería un bochorno y una vergüenza.

Pero los escépticos mueven dubitativamente la cabeza. No hay ya, según ellos, el entusiasmo de los primeros empréstitos, que se llenaron pronto sin necesidad de tanto llamamiento. Es mucho dar dinero: el pueblo está esquilmado y la vida está muy cara. Por otra parte, la nube negra de la Ley de Prohibición sube amenazadora en el horizonte y sus resultados van a ser inmensas pérdidas para California. Miles de trabajadores se quedarán en la calle.

Dejarán de obtenerse, al no producirse más vino, centenares de millones. Riquísimos viñedos no valdrán nada. San Francisco, en el Victory, no irá "over the top" como se quiere.

Y este último pensamiento es el que trae medio loco al honorable y simpático Mr. Rolph, Alcalde de Primero de la incomparable ciudad de San Francisco.

GIL BRALTAR.

San Francisco de California, 6 de mayo de 1919.

ESTADISTICA

Uno de los ramos más importantes del saber humano y que en todos los países más avanzados de la tierra se estudia con cuidado porque tiene relación íntima con la marcha de las naciones, es la Estadística.

Alemania, Francia, Inglaterra y sobre todo, los Estados Unidos de América, han dado un gran ensnche a los estudios catastrales y demográficos, haciendo empadronamientos frecuentes y llevando el censo en forma tan detallada, que en cualquier momento se puede controlar la producción y el aumento o disminución de la población, o se pueden alterar o confirmar las bases sentadas como norma en las contribuciones personales o territoriales.

La Estadística, aplicada a la producción de los artículos de la tierra, es la base de la agricultura, porque en los mil detalles que abraza, presenta como un cuadro sinóptico de donde se pueden sacar deducciones, pudiéndose sólo así, balancear científicamente las altas y bajas, dar salida a la producción abundante o reponer la deficiente, distribuir las zonas de producción, estudiar la climatología de las zonas, etc. Sin estadística, no puede haber agricultura posible.

El ejército funda su base en el empadronamiento de las poblaciones, que le permite saber con exactitud el número de habitantes de cada región con las especificaciones del número de hombres y mujeres, sus profesiones, edad, estado y aptitudes de todo

género. Con presencia de las listas ordenadas, los Estados Mayores Generales distribuyen sus acuartelamientos, forman los núcleos de movilizaciones y los centros de enseñanba y de guarnición. Sin estadística militar, tampoco puede existir ejército en el verdadero sentido de la palabra.

La Geografía —(y al decir geografía, comprendemos en ella no sólo el estudio científico, sino el comercio y la industria)— necesita del catastro para conocer las capas de población y señalar los rumbos comerciales, con detalle de las especialidades productivas. La geografia quedaría incompleta sin la ayuda catastral y demográfica.

Finalmente, las rentas públicas, formadas por la acumulación de las contribuciones, son el nervio de los Gobiernos. Sin contribuciones, no se concibe la existencia del Estado, ni dentro de él, se pueden intentar siquiera las mil atenciones, atribuciones y deberes que tiene que cumplir para el bien de sus asociados. Imponer contribuciones a ojo de buen cubero, es una de las mayores y más monstruosas iniquidades, por la poca equidad que suponen y por la ninguna eficacia que reportan.

Si tanta es la importancia de la Estadística, no se puede ni aun suponer pais medianamente civilizado, que no la atienda debidamente: es la válvula de seguridad de los Gobiernos.

Guatemala está en pañales en cuanto a la Estadística. Nunca se ha intentado seriamente establecer una oficina dotada de todos los resortes del género, ni con la amplitud de atribuciones que le son propias en sus varios ramos, agrícola, militar, demográfico, higiénico y climatológico, para que sirva de base a estudios verdaderamente científicos.

Hay una última consideración: estos estudios por las atengencias que tienen con los sociológicos, son de alta importancia para iniciar esa campaña racial que necesitamos emprender tarde o temprano, so pena de quedarnos a la zafia y como país **bárbaro**, y lo que es más grave, de empeorar las élites étnicas representativas de nuestra raza, lo que sería dar un paso avanzado en la descomposición y desorganización de nuestros elementos de población.

No se crea que hablar de estadística, es tratar sólo de puntos especulativos buenos para el terreno teórico. Es talvez el más práctico de los empeños en que debe esforzarse el patriotismo, que no causa ningún perjuicio al Estado, ni a los particulares o asociaciones, y queda un medio seguro para caminar con bases ciertas en la gestión gubernativo-social.

Guatemala vive sólo de su agricultura; necesita pues de la existencia de una oficina de Estadística bien montada que le permita ciertas orientaciones para emprender ensayos de cultivos, ensanches o alejamientos de los mismos y en todo caso, para ordenar su producción hacia corrientes de normalidad científica.

NUESTROS MONUMENTOS NACIONALES

Confesamos ingenuamente aunque se nos tache de inmodestos, que creemos ser de los pocos que aman de veras las cosas de su tierra, y que eso talvez sea el egoísmo perdonable de lo que es propio y forma parte de su ser. Los monumentos, como parte integrante de la tierra en que han nacido, son componentes de ella como nosotros, y por tanto forman un algo muy importante de esa vida inmaterial pero efectiva, que los sociólogos reconocen como formando el bloc o la masa de nuestro individuo. El hombre es el producto de la tierra en que nace. Por eso las naciones pueden tener personalidad propia.

"Quitemos al Egipto sus pirámides y sus esfinjes o a Nínive sus leones alados —ha dicho Lemaitre— y habremos quitado a esos pueblos el sello de su inconfundible personalidad histórica"

La conquista hispánica de América encontró en ella una raza que iniciaba una gran evolución, y que no era ni con mucho incapaz de gran cultura: lo atestiguan los grandes monumentos que nos legó, mudos pero elocuentes testigos de sus aptitudes, no descifrados aún, pero voceros de sus grandezas.

La unión de conquistados y conquistadores formó un nuevo elemento que por muchos años careció de representación e ideales, pero que con el transcurso del tiempo ha ido desarrollándose paulatinamente hasta formar el verdadero nervio étnico de los nuevos países.

Y este nuevo elemento necesita ideales, como los hombres necesitan abuelos, en una palabra, necesita rehacer su historia acomodándola a los nuevos horizontes o por lo menos tener frente a sí, algo que le recuerde que en esta tierra que habitamos hoy, pobre y débil porque está en formación, ha habido centros culturales de alta valía, y razas de carácter indomable, de iniciativas, de espíritu emprendedor y autóctono, con creencias propias y con las aptitudes, las idiosincracias y las corrientes determinativas que como resultado dan la finalidad que en nuestra jerga científica llamamos evolución.

Prueba, las ruinas del Palenque en Chiapas, las de Tikal en el Petén, las de Quiriguá en Izaba y las de Copán en Honduras, que abrazan una zona de dos o trescientas leguas y que si están situadas en distintos países por la necesidad de nuestra demarcación política actual, eso de ningún modo quiere decir que unas y otras sean distintas para su apreciación científica, porque están evidentemente dentro de la extensa faja que los mayas ocuparon en Centro-América, y que probablemente tuvo en aquel entonces unidad política, o por lo menos unidad étnica y evidentemente geográfica.

Y dicho lo anterior como prólogo, vamos al objeto de este articulejo, que no es otro que el de apoyar al "Diario de Centro-América" en su iniciativa de erigir en una de nuestras Plazas para la celebración del Centenario, uno de los bellísimos obeliscos de Quiriguá.

Varios puntos de vista tiene la iniciativa. Encontramos que el primero —(y talvez el menos importante en cierto sentido)— es el de hermosear y embellecer nuestra amada Ciudad Capital, ahora que está renaciendo, lo cual en otras partes y en otros pueblos, se ha conseguido trayendo de lejos, monumentos extraños a su historia y que no evocan a la mente del pueblo algo suyo, sino el recuerdo de muertas civilizaciones y de otras razas extrañas, habitantes de regiones apartadas.

El segundo, importante científicamente para la masa ilustrada, lo es poco para el pueblo, porque la erección de un obelisco indígena despertará talvez el deseo de conocer nuestra historia precolombina haciendo estudios de arqueología, enteramente descuidados por no decir enteramente desconocidos en Guatemala, al punto que para haber llegado a descubrir las ruinas a que antes hemos aludido, ha sido necesario que misiones científicas extranjeras las hayan explorado, las hayan estudiado afanosamente y hasta con sus depredaciones y extracciones explicables para enriquecer sus museos, nos hayan advertido que teníamos en nuestro suelo, tesoros de inestimable valor.

Pero el tercer punto de vista, sí tiene verdadera importancia sociológica, no sospechada de los ignorantes, pero real y efectiva para aquellos que queremos que Guatemala se convierta en país de raza uniforme en ideales, unificada en derroteros, homogénea en el obrar y de pensamiento unísono en sus varios elementos.

Los monumentos de la historia —dice Le Bon— son el mejor acicate para la grandeza de los pueblos; y pudiéramos agre-

gar nosotros, que a los hombres en lo particular, nada nos hace tanto moderar nuestras pasiones y desear llegar a ser grandes, como el recuerdo de la grandeza de nuestros abuelos; sus acciones y virtudes, son timbres que ostentamos con legítmo orgullo como sus infamias lo son de vergüenza y oprobio.

Erigir un monumento que todos los días recuerde a sabios e ignorantes, que en otra época y por el esfuerzo y el trabajo, hubo una raza que logró hacerse una civilización propia; que esa raza amaba a su tierra y la defendió valiente y heroicamente cuando el invasor la profanó; y que esa raza, haciendo a un lado prejucios, sólo santificó el trabajo, vivió una vida de moralidad intachable y laboró sólo para el progreso, como lo atestiguan sus más acusiosos e imparciales historiadores, y en muchos aspectos lo demuestran aún sus degenerados descendientes no obstante cuatro siglos de esclavitud, erigir un monumento sí, es poner ante el pueblo un ejemplo constante que imitar, crearle otras modalidades y hacerle nacer en su mente un tanto desdeñosa y apática, la esperanza fortalecedora de que cambiando él mismo sus hábitos actuales por otros en que entren la razón, el criterio, la esperanza y el deseo de tener un carácter bien delineado, esta tierra bendita que ha visto y alimentado la grandeza de otros hijos, tiene aun en su seno virginal, savia bastante para dar vida y grandeza a los hombres de hoy, **si ellos quieren labrarse un porvenir por su propio esfuerzo y por sus virtudes.**

Estamos con el "Diario de Centro-América" en su iniciativa de erigir un monumento en una de nuestras plazas principales, colocando en ella un monolito de Quiriguá.

X. Y. Z.



ECOS DE LA PRENSA

Lamentamos muy deveras, la irregularidad con que nos llegan los periódicos de la localidad y aun los de los Departamentos. No sabemos a qué atribuirlo, y así sólo hacer constar el hecho, limitándonos para nuestros resúmenes, a aquellos que nos han venido, aunque incompletos, como el "Diario de Centro-América."

"El Nacional". —Se ocupa de Problemas Americanos, en relación con las industrias de transporte, el aumento de población de todos los países de la América, el aparecimiento de industrias nuevas, para unas y otras, la inversión de los capitales y el ensanche vertiginoso del comercio, para todo lo que urge que nos conozcamos más íntimamente y aumentemos nuestros lazos de unión en todos conceptos.

Estas ideas, tomadas de **"La Unión Panamericana"**, las hemos expresado nosotros en números anteriores con parecidas argumentaciones y aun apreciando otros varios puntos de vista.

"La Tribuna".—En uno de sus números anteriores, **La Tribuna** hace ver la necesidad de reglamentar el uso de los automóviles y la profesión de chaufer, indicación muy oportuna en Guatemala en estos momentos en que ya por una u otra circunstancia, se han venido repitiendo lamentables sucesos en que por impericia ha habido víctimas estimabilísimas.

"La República". —Se hace eco este colega de las iniciativas particulare,s insertando la alocución dirigida por el Licenciado don Faustino Padilla, a los vecinos de Cuilapa; y comenta los medios que deben ponerse en práctica, para hacer resurgir prontamente la antigua población-cabecera del Departamento de Santa Rosa, destruida por lamentable sismo.

Efectivamente: no todo debe dejarse a la iniciativa gubernamental, que aunque la supusiéramos amplia y oportuna, se mueve dentro de una esfera de acción tan vasta, que casi es imposible en todos los casos llenar cumplidamente sus atribuciones. Por lo menos, tal es el criterio de los países de raza latina, muy opuesto al de los de raza sajona, donde la ingerencia oficial, es limitada por decir así, y la iniciativa particular lo inunda todo.

Convengamos en que la iniciativa particular, más desordenada si se quiere, es más eficaz, más copiosa y más pronta, por razones naturales, y así es de desearse que entre nosotros se incremente el espíritu que la alimenta, para afrontar los muchos problemas del día.

Comenta las reuniones estudiantiles que persiguen un ideal por demás simpático: el de la unión íntima de los varios gremios que traerá más unión, más afinidades, corrientes unificadas y no divergentes, tal vez más emulación y deseo de estudio serio, y que, como en otras naciones, formará masas universitarias conscientes de sus deberes y de sus aspiraciones.

Toca como de paso, la empresa del ferrocarril de los Altos, que tanta vida dará a aquellas ricas regiones.

Está fuera de duda la importancia de esa ruta cuya apertura

ahora acomete el gobierno como empresa nacional; y como nosotros nos hemos de ocupar de ella en capítulo aparte, nos referimos a lo que en el número próximo indiquemos.

Finalmente en otro número, insiste en hablar sobre los Planes de estudios que deben adoptarse en nuestras Facultades, tachando de ilegales las implantaciones de esos Planes en tanto no reciban la aprobación respectiva por Acuerdo del Ejecutivo, que implica nulidad manifiesta, porque está vigente la antigua Ley de Instrucción Pública que creó otros derroteros y en tanto no se derogue en esa parte, su vigencia es patente y patente la nulidad; y excita a las Juntas Directivas de cada Facultad para tomar cartas en el asunto y poner en claro las cosas.

Realmente el punto es de importancia; y todo lo que se haga por aclarar este enredo de valideces y nulidades, será en bien de la juventud que se educa en nuestras aulas.

"El Comercio" y "El Correo de los Altos."— Se refieren a las graves diferencias que han surgido entre el Director del Instituto Nacional de Varones de Occidente y los alumnos de ese Establecimiento; y señalan como posibles fuentes de discordia, el mal resultado que a su juicio obtuvieron los exámenes de 1918, el consiguiente descontento de los padres de familia y la desorganización que como resultado de esas y otras causales, ha sobrevenido con perjuicio de la buena marcha del plantel.

Es de tal importancia la querella, que se ha hecho intervenir al Sr. Presidente de la República, y en tanto dure el malestar, es seguro que todo será anarquía y desorden.

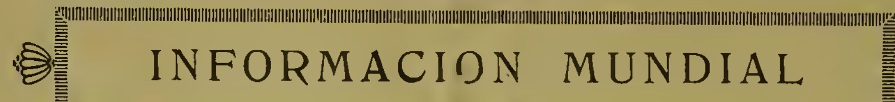
Afortunadamente, estando ya enterado este alto Funcionario de lo sucedido, es seguro que pondrá pronto y eficaz remedio en mal tan grave.

"El Diario de los Altos".—Inserta la moción del Concejal don José Herrarte contraída a poner de manifiesto la ninguna equidad que existe en cobrar de uno a cinco pesos diarios, moneda nacional, a cada uno de los indígenas que llevan víveres al mercado, cuya presencia es tan indispensable par ala vida cuotidiana; y cobrar sólo **diez pesos** mensuales a los dueños de puestos de mercaderías por mayor, que efectúan grandes transacciones en pocos momentos y expenden artículos que si necesarios son para la existencia social, no lo son en tan gran escala como los otros y de tanta urgencia.

Casi no requiere comentario esta moción; y suponemos que los demás honorables Concejales, inspirándose en ideas de justicia y conveniencia al mismo tiempo, ya habrán tomado en cuenta las razones apuntadas y la muy atendible de que aumentando proporcional y equitativamente el impuesto de los otros puestos, las rentas municipales se aumentarán para atender a sus múltiples gastos y atenciones.

"La República Agrícola".—No hemos recibido este nuevo adalid de la prensa que vio la luz pública en los primeros días del mes de Abril próximo pasado bajo la dirección del competente

(Pasa a la página 42).




ENTREVISTA DE UN ESCRITOR INGLES CON EL KAISER.

Las opiniones personales del ex-Emperador. Detalles interesantísimos.

Lo que ahora voy a escribir acerca de las opiniones del ex-Kaiser de Alemania, pude haberlo hecho en forma de conversación, de no haber mediado la determinación del ex-Emperador de permanecer como una persona particular y de no verificar cosa alguna que pudiera haberle dado, por un momento al menos, la aparente actitud de desear intervenir con el actual gobierno de Alemania.

Escribo ante la ventana abierta de mi sala de descanso en el Hotel de Dranjstein. La primavera ha llegado de súbito, el sol brilla fulgurante y radioso; el aire entra por la ventana con suavidad y dulzura; sobre los limeros de allá abajo posan las bulliciosas golondrinas. A corta distancia de la ventana bosteza un policial cuando se pasea de arriba abajo frente a la entrada del Castillo de Amerongen. Nadie llega allí ahora, y no hay razón que explique porqué el agente no se dedica a plantar patatas en el jardín. El policial, que tiene todo el aspecto de un buen jardinero, levanta el polvo con su zapato y maldice su suerte o a Guillermo de Alemania.

Sobre todas las cosas comprendo la indiferencia que hay en Amerongen hacia el notable personaje que con su presencia ha dado fama mundial a este lugar. La aldehuela es como las golondrinas en los limeros: demasiado feliz para preocuparse de los reyes caídos y de los emperadores declarados fuera de la ley. Tiene sus cuestiones domésticas internas que atender, y claro es que mejor es ser libre y estar alegre aunque pobre, que no ser un Kaiser que no puede asomar la nariz puertas afuera, y de seguro lleva algo en la conciencia que no quisiera para sí ningún individuo que cree en Dios.

El Castillo de Amerongen es castillo solamente de nombre. En realidad no causa impresión, es una casa de ladrillos rojos, un tanto sombría, que se destaca en la espesura de los árboles, y más parece hecha de adrede para forjar un cuento fantástico de Edgar Allan Poe. La porción de terreno en que está erigido es tan pequeña que no hay lugar para un jardín. Es una casa enmedio de un bosque, rodeada de un plantío de arbustos. Los edificios exteriores están demasiado cerca del castillo, así como éste se encuentra muy próximo a las casas de la aldea. La mayor parte del espacio que pertenece al castillo lo ocupa el agua. En derredor de los muros hay un foso, y a pocos pasos, por entre los árboles, se ve otro foso que lo separa al Norte de la aldea; al Sur de los prados regados por el agua y que se extienden hacia el Rhin, corre serpenteando la linfa clara de un río que ha servido para el transporte de las tropas británicas que, procedentes de Alemania, regresaban a su patria. La vista del Kaiser domina el paisaje desde las ventanas de sus habitacoines.

LA LLEGADA DEL KAISER

El domingo 10 de noviembre de 1918, el Conde Godard Bentinck se hallaba en su castillo de Amerongen, frente a una crisis doméstica. La mitad de la servidumbre se encontraba atacada de influenza, la otra mitad estaba convaleciendo de la misma enfermedad, y dentro de pocos días se esperaba la llegada de una partida de cacería. ¿Qué iba a hacer? Había estado en la iglesia, tomado su lunch dominical y consagrábase ahora a la reflexión. Formalizó sus pensamientos, y resolvió evitar la llegada de la partida.

Al acabar de tomar su determinación sonó el teléfono. Esto pasaba a las dos de la tarde. Se dirigió al aparato y averiguó que lo llamaba el Gobernador de la provincia que vive en Utrecht. El Gobernador le informó que el Kaiser había huido de Alemania,

entrado en territorio holandés, detenido por un sargento y un soldado, y que el Gobierno de Holanda, hallándose de súbito en esta situación critica, agradecería muchísimo al Conde Godard si alojaba al Kaiser por unos cuantos dias mientras se pensaba qué se haría con él.

El Conde Godard contestó que le era imposible recibir al Kaiser, y le explicó su crisis doméstica. El Gobernador hizo a un lado la influenza como cosa que no valia la pena de mencionar en aquellas circunstancias. El Conde cedió un tanto y dijo que consultaría con sus hijos, quienes resolvieron que era preciso hacer frente al asunto. El resultado fue que al siguiente dia el ex-Kaiser y su cohorte se alojaban en el Castillo de Amerongen, y el Conde daba de comer a cuarenta y cinco personas.

Los dos días se han convertido ahora en más de cuatro meses, y el problema del domicilio del ex-Kaiser todavía no se ha determinado. Ciertas personas creen que el Conde Godard le ofreció al ex-Emperador la hospitalidad de su casa, y que es un antiguo e intimo amigo de Guillermo Hohenzollern. La especie es falsa. El Conde Godard sólo una vez había visto al Kaiser, y eso, cuando era simplemente Príncipe Guillermo, ni aún Príncipe de la Corona.

NO CONOCIA A SU CARCELERO

El Emperador, al saber que se iba a hospedar en el Castillo de Amerongen, buscó el nombre del Conde Godard en el Almanaque de Gotha para averiguar qué relación tenía con la casa de Bentinck. Los dos hombres, huésped e invitado, se encontraron como dos desconocidos el 11 de noviembre. Os propongo que penséis en el ridiculo elemento de este acontecimiento histórico: el grande y poderoso Emperador de Alemania detenido por un sargento y un soldado del ejército holandés, buscando al Conde Godard Bentinck en el Almanaque de Gotha para averiguar la categoria de su carcelero.

El Conde Godard me dice que dos motivos lo impulsaron a recibir al Kaiser. Como buen ciudadano, comprendió que debía obedecer al gobierno holandés, y como el que humildemente trata de ser un fiel cristiano, pensó que no debía volver la espalda al extranjero que busca techo que lo abrigue. Permitidme que os diga que merece crédito y honor de mi parte. Una semana hacía que el Emperador se encontraba en Amerongen cuando llegó de Alemania la Emperatriz, y el Conde Godard Bentinck se vio en el caso de dar comida a sesenta y dos personas. Fue necesario que se valiera de los dos hoteles de la aldea.

EL EMPERADOR NO SE HALLA ENVEJECIDO

Desde aquellos días de noviembre, la gloria del ex-Emperador ha disminuído casi hasta el punto de desvanecerse. Su personal se compone de tres caballeros, un general, un ayudante y un doctor. Sólo una dama es la que atiende a la delicada Emperatriz. Hay otros cambios. En

aquellos días de su cuasi internamiento, el ex-Kaiser se paseaba con libertad por el pequeño espacio cubierto de árboles en el que se levanta el castillo, hacía visitas a algunos vecinos de la aldea y excursiones a diferentes puntos próximos al lugar. Hoy es raro que salga, y cuando abandona la casa es sólo para dar un ligero paseo en derredor del foso interno; pero es completamente falso que esté envejecido y encorvado.

Si le vierais en sus paseos ocasionales que da después del desayuno alrededor del foso, vistiendo un traje sencillo y con una capa echada sobre los hombros, caminando con la cabeza recta, balanceando los brazos, con el cuerpo de un hombre todavia electrizado por esa energía nerviosa que en otros tiempos lo convirtiera en una especie de remolino. Los ojos mantienen su fuego, los labios su firmeza la voz su timbre; pero hay cambios. El pelo está blanco; la barba puntiaguda, que se ha dejado crecer, le agrega diez años a su aspecto. Ha perdido toda esa hilaridad jactanciosa que hacía difícil de conllevar su amistad, y el espíritu del hombre, aunque aún se muestra alegre en compañía, ya está más sumiso, quizá más suave y moderado.

EL EX-KAISER ES UN IMPENITENTE

Me propongo ahora hacer al lector el recuerdo de las opiniones del Kaiser. Ha de comprenderse que en estas notas, que son un relato auténtico de las opiniones kaiserianas respecto a los acontecimientos que precipitaron la guerra, intento escribir sólo como en calidad de secretario, lo que dicte su mente. No ataco ni ofendo, no soy protagonista ni historiador. No me impongo otra tarea que la de representar de la manera más fiel, al lector, las ideas de Guillermo Hohenzollern; en cuanto a mí, no tengo más importancia que la de una pluma en su mano.

El ex-Kaiser es por completo impenitente. No sólo está convencido de su inocencia, sino que se considera como uno de los que más lucharon en el mun-

do por evitar la guerra. En cuanto a la idea de seguirle proceso, se ríe de ella. No hay poder sobre la tierra que lo pueda juzgar. Si pensara en que lo harían comparecer ante un tribunal internacional, primero se suicidaría, no por temor de los resultados del juicio, sino porque consideraría semejante ordalía como insoportablemente indigna. Dice:

"Sólo soy responsable ante Dios de mi conducta, y Dios sabe cómo me esforcé, corriendo peligro en mi persona y en el trono, para evitar la calamidad de la guerra."

No manifiesta a menudo su inocencia; es más frecuente de su parte que exprese su asombro por las opiniones de los que lo consideran como causante de la guerra. Interrogándole acerca de algún complot urdido por Alemania, pregunta cómo pudo suceder eso con el consentimiento de su Ministro de la Guerra, cuando Alemania, que fabricaba municiones, le proporcionó a Rusia a principios de 1914, 30.000 ametralladoras, 400.000 rifles y 400.000.000 de cartuchos.

ECHA LA CULPA A RUSIA

Declara que él puso en peligro su trono por haber hecho resistencia a sus generales cuando éstos se alarmaron por la acción de Rusia. En los días de la crisis ellos le hicieron ver cuán urgente era la movilización. Dice que recibió un telegrama del Zar en que rendía sus agradecimientos por sus esfuerzos de evitar la guerra, y manifiesta que el Conde Taticheff se dirigía a Berlín con una carta que vigorizaría esos esfuerzos. Declara que, a pesar de las protestas de sus generales, que decían no ser responsables de la seguridad de Alemania, demoró la movilización con la esperanza de que la carta del Zar salvara al mundo del conflicto.

El Conde Taticheff jamás llegó, nada se supo de él. Rusia movilizó en secreto sin el consentimiento del Zar, y sus fuerzas avanzaron hacia la frontera alemana. Alemania, declara, fue la última Potencia del Continente Europeo, que movilizó.

"Yo no quería la guerra; tampoco Nicolás la quería. Jorge no quería la guerra," exclama con energía. "Ningún gobernante quería la guerra; todos nos hallábamos opuestos a ella. La guerra la hicieron los diplomáticos. Toda la culpa del conflicto la tiene el gobierno ruso, y hubo fuerzas secretas que trabajaron sobre el gobierno ruso."

Su argumento consiste en que la rivalidad que existía entre Rusia y Austria en los Balkanes, condujo a la guerra de 1914. Rusia empezaba a levantarse; Austria decaía cada vez más; Francia suministraba recursos a Rusia; Inglaterra había asegurado a Rusia su amistad. Las finanzas moscovitas y la organización de su ejército se encontraban en una condición relativamente firme, y el gobierno ruso, sintiéndose poderosamente apoyado, resolvió que había llegado la hora para entrar en una lucha decidida con el carcomido imperio de Austria. Alemania entró en el conflicto porque se había comprometido a defender al Austria contra la agresión rusa, y porque tampoco podía hacerse insensible a las crecientes actividades moscovitas.

Niega, y ridiculiza hasta cierto punto, la inculpación de que haya existido un partido militarista en Alemania. Cita con fiera energía la declaración hecha por Lloyd-George de que Alemania tenía tan justo derecho a poseer un gran ejército como Inglaterra una poderosa armada, Dice que se hallaba rodeado de enemigos. Pregunta qué habría hecho Inglaterra si ocupara la misma posición geográfica que Alemania, mientras Francia suministraba fondos a Rusia para que construyera un ferrocarril estratégico hasta la frontera germana.

Declara que Bernhardi, apenas se conocía en Alemania antes de que las traducciones al inglés de sus producciones lo convirtieran en una especie de Shakespeare militar. El pueblo alemán deseaba la paz; los partidarios de una política extranjera formaban un pequeño partido en medio de los estadistas de seriedad en la madre-patria. Se temía la agresión de Rusia, pero no se había efectuado ningún movimiento de defensa.

LA REINA VICTORIA LE HABIA PREVENIDO CONTRA EDUARDO

Al preguntarle por qué no había hecho nada por formar parte de la Entente, me contestó que no podía confiar en Rusia. La Entente le parecía una organización sumamente poderosa, constituída para perjudicar de manera dericeta al Imperio Alemán, e inspirada por el temor que tenían a la industria germánica y por la envidia a la prosperidad de Alemania. Hasta cierto punto se dejaba dominar por sus sentimientos hacia Eduardo VII. Dice que la Reina Victoria le previno repetidas veces contra la influencia de Eduardo. "No tengáis nada que ver con él.", exclamaba ella. "No os hará

ningún bien intelectual, moral ni socialmente."

Para Eduardo VII era antipático, y la antipatía rebasaba hasta en las relaciones políticas. Protesta su amor a Inglaterra, y nunca se cansa de hablar de sus amigos ingleses. Dice que el famoso telegrama de Krüger que le acarreó muchas enemistades en Inglaterra, fue enviado contra sus deseos. Declara que el Príncipe Hohenlohe insistía en que se despachara el telegrama, manifestándole que el Reichs tag vivamente quería que Alemania expresase su simpatía por los boers atacados. Es enfático en su declaración de que él no deseaba que se mandara el telegrama, y que lo envió con profundo sentimiento y pesar.

Se ríe mordazmente de aquellos que insistieron en tratarlo como autócrata. Dice que jamás supo lo que era ejercer un poder autocrático, y durante la guerra lo convirtieron en un simple maniquí. Los generales hicieron lo que quisieron con Su Majestad Imperial. Le pusieron un periodista y lo enviaban de aquí para allá, a hacer "poses" y a gesticular en defensa de los intereses del pueblo. Cuando le permitían permanecer en el Cuartel General, si sonaba un teléfono, le suplicaban que saliera de la pieza, y hasta lo sacaban a empujones hasta la puerta y en seguida lo llevaban hasta que no alcanzaba a oír nada. No le dejaban conocer la estrategia de sus generales ni el verdadero curso de las hostilidades.

Creo que guarda afecto por Hindenburg, pero mucha hiel para Ludendorff.

SIENTE LOS CASOS DEL LUSITANIA Y DE CAVELL

En cuanto a la naturaleza de la guerra altamente resiente la inculpación de que haya organizado las atrocidades, y rehusa con firmeza creer que existan pruebas dignas de ese nombre para poner de manifiesto una maldad tan monstruosa.

Hablando del Lusitania, dice que fue un gran disparate, disparate que nunca dejará de sentir; pero agrega que la política de Inglaterra al intentar matar de hambre a las mujeres y niños de Alemania, había quitado la paciencia al pueblo y enfurecido contra aquella.

Respecto a la fusilación de la señorita Cavell declara que la orden la dio un general a quien la bebida empeoraba, y que en cuanto tuvo noticia de la ejecución ordenó al cuartel general que en lo sucesivo ninguna mujer podía ser fusilada sin su sanción personal. Deplora esa ejecución.

Dice que los ejércitos alemanes lucharon con increíble valor y devoción a su deber, y se llena de indignación cuando describen a sus soldados como hunos brutales.

La cuestión de Bélgica aparece tan clara a sus ojos, que no comprende como haya personas honradas que puedan dudar del

derecho que amparaba a Alemania para pasar por su territorio neutral. Manifiesta que en tiempo de la administración de Lord Haldane, del Ministerio Británico de la Guerra, él consideraba al mencionado lord como un espía de los más astutos. Se elaboraron planes con el consentimiento del gobierno del Rey Alberto para atacar a Alemania por Bélgica. Posée un sobretodo inglés que fue encontrado en Mauberg, con gran cantidad de datos. Dice que con Rusia que amenazaba a Alemania por un frente, era absolutamente indispensable que Alemania no corriese peligro en el otro frente. La violación de los métodos germánicos en Bélgica, la defiende basándose en que los franco-tiradores belgas trataban de enervar a los ejércitos alemanes a fin de destruir su disciplina. Declara que no habría ocurrido daño a ninguna ciudad o aldea de Bélgica, si los alemanes no se hubieran visto expuestos a los ataques que por todos lados llevaban a cabo los civiles.

CREE QUE INGLATERRA FUE ENGAÑADA

Toda la culpa de la catástrofe la echa a Rusia. Su actitud hacia Inglaterra es curiosamente simpática. Ahora no opina, como antes empezó a creer, que los políticos maquiavélcos de Inglaterra deliberadamente produjeron el conflicto. Hoy dice que la Gran Bretaña fue engañada por Rusia, y que no le quedaba otra cosa que hacer, cuando sobrevino la guerra, que mantenerse fiel a sus aliados. Deplora que esa nación haya entrado en el conflicto que selló la suerte de Alemania; pero no se siente mal dispuesto hacia Inglaterra, aunque es muy intenso su odio por los periodistas ingleses que de una manera preconcebida prostituyeron su alma en la más abominable determinación de ennegrecer el carácter alemán a toda costa. El Kaiser no lee ahora ningún periódico inglés; dice que encuentra su abuso nada crítico, su vileza y su libelo, como algo que es incapaz de soportar.

El Ministro de la Guerra de Rusia es para el Emperador caído, el Judas Iscariote del mundo. No tiene palabras lo suficiente fuertes para condenarlo, como hombre "traidor y sin honor". La suerte que le ha cabido a Rusia la considera como un castigo de Dios.

En cuanto a Alemania está convencido de que surgirá con bien y con poder de las cenizas de las derrotas inevitables que vinieron como consecuencia de defender su libertad contra el mundo que se hallaba en armas.

Supone que Inglaterra jamás se ha dado cuenta de la justicia que Alemania tenía al abrigar temores que le inspiraba Rusia. Inglaterra en cierta ocasión temió a Rusia, en otra ocasión la vilipendió y escarneció, y en otra se echó sobre su cuello y la besó; pero para Alemania Rusia ha sido siempre la amenaza del mundo, por inescrutable y por traidora, por ser una masa de negra ignorancia, de salvaje ferocidad y casi grosero animalismo, que al avanzar hacia Occidente hubo un día en que inundó al mundo de anarquía y muerte. Siempre para Alemania Rusia ha sido bolshevista.

DENUNCIA LA FRANCMASONERIA

Respecto al futuro del mundo, el Kaiser abriga la convicción

de que todo lo que es precioso para la humanidad se halla ahora amenazado de destrucción por las fuerzas organizadas del mal. Ha encontrado un nuevo peligro. El bolshevismo para él es solamente un aliado criminal de la francmasonería. Está convencido de que la francmasonería atea y socialista, tal como existe en el Continente, es un poder comparable, en su organización y sus ramificaciones internacionales, . a la Iglesia Latina. Ve en la destrucción de la unidad y disciplina alemanas, no tanto la victoria material de la Entente cuanto la victoria espiritual de esta sociedad secreta y atea. Lee gran número de libros sobre el particular, y su elocuencia al tratar de la francmasonería es tan brillante y didáctica, como lo fue en otros tiempos en su denuncia contra el Peligro Amarillo, el Socialismo y el Eslavismo.

Frente a la humanidad ve él un espantoso abismo de agonía y de ruina, hacia el cual la mano oculta de la francmasonería conduce rápida a las masas inconscientes del mundo. Dice que hay dos grandes poderes en medio de las ruinas de la tierra: la Iglesia de Roma y la Francmasonería.

"Por lo menos la Iglesia de Roma está por la ley y por el orden —exclama;— en cuanto a mí, permanezco fiel a la iglesia de mis antepasados, y la Biblia es todo lo que necesito para mi guía. Mi abuela, la Reina Victoria, me decía: "En la Biblia encontraréis todo lo necesario; no lo busquéis en otra parte."

Está convencido de que el ateísmo ha afianzado sus tentáculos políticos alrededor del cuerpo de la civilización, y se prepara a destruir su existencia. La francmasonería es para él el santanismo.

Esta ansiedad, que de manera especial se refiere a Alemania, es lo que más preocupa al caído Emperador. Ora diariamente casi a todas horas, pidiendo que su pueblo se salve de la suerte que ha cabido a Rusia.

Entre sus preocupaciones viene en segundo lugar, la ansiedad de saber qué opinan de él y qué dicen sobre su persona, cuando se hallan a la mesa, las personas educadas de Inglaterra. Milor Fulano de Tal, Miladi Sutana, o Mr. XX —que antes fueron íntimos amigos de él— ¿creerá esa gente en realidad que él es un monstruo?

Su amor por la vida campestre de Inglaterra todavía subsiste. Le agrada conversar con su huésped acerca de las costumbres inglesas que ambos conocen, y de las personas que antes fueron sus amigas. Contínuamente exclama: "¿Pero pueden en realidad creer todas estas cosas insultantes que dicen de mí?" En seguida exclama, casi como suspirando: "Oh, esos admirables y felices días que pasé en Inglaterra! ¡Idos para siempre! ¡Idos! ¡Idos!"

ERRORES DEL PASADO

Nunca sueña en que la felicidad del pasado pueda volver. Todo ha caído; todo se ha roto a sus pies. El ha fracasado y su condena será perpétua. Cuando está poseído por esta idea, habla con libertad y compasión de los tiempos que fueron.

"He cometido errores", dice. "Ahora veo donde pude obrar mejor; pero considerad las dificultades que tuve. Llegué al trono demasiado joven. En realidad sucedí a mi abuelo; los cien años de mi padre no se cuentan. Sucedí a mi abuelo y me encontré rodeado de sus hombres de Estado: todos eran ancianos: me veían como un niño, y me trataban con esa complacida tolerancia que los viejos de aquel tiempo gastaban con los menores. Ello fue realmente insoportable. Me resolví a asegurar mi poder, determinando ser el jefe de la joven Alemania, el verdadero Rey de un gran pueblo destinado a convertirse en una poderosa nación y en la fuerte roca de la ley, del orden y de la cultura del cen-

tro de Europa; la oposición que encontré me hizo más obstinado Ahora comprendo los males que eso me produjo. Me volví impaciente, pero a pesar de mis faltas ayudé a Alemania a llegar a ser una gran Potencia, y mantuve la paz muchos años; y si Rusia no hubiera traicionado al mundo, todavía existiera esa paz. He cometido errores, repite, pero nadie se encuentra tan inocente de esta guerra como yo."

EN COMUNICACION CON LOS REALISTAS

Hay un poderoso partido realista en Alemania, y el ex-Kaiser se interesa por su progreso. Sostiene ciertas relaciones con él, y se mantiene en frecuente comunicación con su hermano, el Príncipe Enrique de Prusia, que le suministra toda la nueva literatura alemana de alguna significación. Pero creo que su corazón no abriga esperanza de volver al trono, y que de una manera impersonal se preocupa por el futuro destino de su patria. El y la ex-Emperatriz desearían comprar una propiedad en Guelderland, para concluir allí el resto de sus días en paz y reclusión. El ex-Emperador tiene conciencia de que ha fracasado en salvar al país de la ruina, y que su reinado ha culminado en un desastre fátal para su propia fortuna.

Las postrimerías de ese reinado, tal como se sienten en esta aldea holandesa, son en realidad bastante trágicas. El que antes era Emperador medioeval y poderoso, el que se convirtió en portavoz del Sér Supremo, y cuya espada salía en ciertas ocasiones de la vaina despidiendo rayos terribles que ponían la amenaza de destrucción en los tronos y en las naciones, se siente ahora en Holanda al lado de un hogar, conversando acerca de los francmasones y moviendo su cabeza blanca cuando habla del ateísmo que ha sobrecogido al mundo. Y al otro lado del hogar, a menudo luchando por conseguir resuello, se sienta la ex-Emperatriz, cuya única tarea es consolar y sostener a su caído señor, mientras su propio corazón llora en secreto por sus hijos y nietos, de los cuales ahora se siente separada para siempre.

Estos dos seres humanos, que cumplen con la pena del fracaso, discuten el mundo junto al hogar, y no obstante se hallan más lejos del gran mundo que el policial de la aldea que se pasea frente a la puerta del castillo. Son prisioneros, y el carcelero que corrió los cerrojos privándolos de libertad, es el mundo que ellos discuten en la celda de su prisión. Piense lo que quiera acerca de cuál va a ser el veredicto de la historia, nadie sabe mejor que el resto de su existencia lo pasará fuera de la ley. La impetuosa corriente de los asuntos de los hombres lo ha sacado del gran océano del tráfico y lo ha echado como un resto de naufragio sobre la playa de la imperturbada monotonía.

COMO PASA EL DIA EL EX-KAISER

Como perturbando un tanto la tranquilidad de la casa del Conde Godard, el ex-Kaiser se levanta todas las mañanas a las 7 y 30. A las 9 ya ha bajado al primer piso con una lista de los himnos que quiere que canten en las oraciones matutinas. Es uno de los placeres de su vida actual el escoger esos himnos y tomar parte cordialmente en el servicio del culto familiar. Con frecuencia dice cuando se aligera la carga de su prisión en la atmósfera religiosa del castillo.

"He estado en muchas casas que pretendían de religiosas, exclama; pero en las cuales me ha

daba hasta el mediodía, y a esa hora regresaba al rancho, donde lo esperaba Rina, que disipaba todo su cansancio con una palabra amable o con una son risa

Solía sentarse en un rincón, como su suegro, y se quedaba mirándola en silencio, lo mismo que la miraba en los tiempos en que soñaba con ella como en la estrella de la mañana. Y era todo su premio quedarse así, viéndola ir de un lado a otro, llenando los corazones y la casa, para pensar con un extraño temblor en su carne: "¡es mía!"

Así vivió borracho, bebiendo en la copa de los amores sencillos.

Pero poco a poco fue cambiando. Unos días se ponía eso mismo, que era de él, como era su caballo o su tierra, y soñaba con ser rico para hacerle la vida liviana y alegre, y rodearla de cosas buenas.

Otras veces, sin saber por qué, volvía malhumorado de la chacra. Un incidente cualquiera, un azo que se rompía, una espina que se le clavaba, un machucón, bastaban para irritarlo.

Se sentaba, como de costumbre, al lado del fogón, en un taburete que él mismo había labrado, para él uno y otro para su suegro, y aguardaba la comida mirándola.

"¡Es mía!" pensaba, y entrábale una tentación que a duras penas vencía, de levantarse y maltratarla, y llenarla de injurias y de golpes que la abrumaran a sus pies, para mostrarle que él era el amo, que su cuerpo y sus pensamientos eran

suyos y que podía matarla si algún día se le ocurría querer a otro.

Aquellos furores eran seguidos casi siempre de crisis de amor y de tristeza, en que volvía a ser el de antes, fatigado, vencido por el encanto sereno que irradiaba de ella.

Sus cavilaciones cambiaban de rumbo; pensaba que aunque dueño de ella, no podía ni con sus caricias ni con sus golpes romper la niebla que parecía envolver aquella vida, aquella alma misteriosa, para él, como una flor cerrada.

—¿En qué pensará?— solía preguntarse, viéndola ir y venir, siempre ocupada y silenciosa.

Rina, que sentía los ojos de su marido fijos en ella, y que adivinaba aquellas tormentas, se paraba a mirarle, con su mirada triste y cariñosa, y él temblaba de gozo, como un perro a quien el amo acaricia.

¡Oh! no era él el amo; ¡era siempre ella!

Hacia el fin del invierno, sus pensamientos vagos fueron tomando cuerpo.

A veces, en medio del trabajo que acometía con fiebre, ansioso de aturdirse un poco, su brazo se detenía sin concluir la acción comenzada.

Habíale entrado como un desgano de aquella lucha estéril con las cosas, que no le llenaba el alma.

—¡Ella ha sido de otro!— se decía.

Tiraba la herramienta y se sentaba sobre alguna piedra, hosco, taciturno, lleno de rencores nacientes, y se ponía a soñar.

Ya no volvía al rancho con gusto. Aquella

criatura rubia que andaba de un lado para otro, tocándolo todo, moviéndolo todo, llenándolo todo, le obsesionaba, porque con sus ojos azules, sus cabellos enrulados, su boquita roja, sus carnes blancas, sus taloncitos rosados, le estaba contando a gritos su historia.

Oh, cuánto la odiaba! Porque era todo aquel odioso pasado que se alzaba viviente y hecho carne ante sus ojos enconados.

Como un relámpago, fulguraba en su mente la idea de matarla. ¡Qué paz, qué descanso, si ella se iba de su vista y del mundo para siempre!

Hundía la cabeza dolorida en las manos rudas. ¿Para qué pensaba? ¿porqué no era, conforme don Filemón le aconsejó que fuera, sencillo, como deben ser los pobres, si quieren ser felices? ¡Imposible! de las ciudades lejanas había traído el gérmen de aquellos pensamientos, que ahora llenabana de nieblas su vida.

El frío, que se sentía más en la inacción, calmaba sus nervios, y le volvía al trabajo. Cuando entraba a su rancho, algunas veces lo hacía imaginando que si tuviera un hijo no sufriría aquellas angustias.

En la primavera, Rina le dio la buena nueva. Todo el tiempo que tardó en llegar, lo pasó trabajando con un entusiasmo delirante. Cuando se hallaba con don Filemón, se acercaba a saludarle, y el buen cura, que por un momento había dudado del acierto de su consejo, viéndole así, se iba contento.

Al comenzar el nuevo invierno nació el niño,

De vez en cuando la niña entraba llenando de bullicio aquel silencio.

Germán hacía un gesto de fastidio y la madre la alejaba mostrándole al abuelo que parecía dormir. La criatura acabó por tenerle miedo, y dejó de ir a hacerle caricias, como solía alguna vez.

Todo el odio del viejo pesaba sobre aquella cabeza inocente, y la madre lo veía con espanto.

—Tata —le dijo un día por defender a su criatura,— ella no tiene la culpa.

Germán no contestó, pero se acordó de la silueta que vio cuando sus ojos tenían luz, blacna y rubia y distinguida, que sin hablar estaba diciendo que aquel no era su hogar, que ella era hija de ricos, y sintió una llama que le subia por el pecho.

¡Oh! ¡ella no era de su raza! ella era el ultraje viviente, que los ricos habían hecho a su amor de pobre, y por eso la odiaba.

También Fabián, que al principio pareció tomarle cariño, la rechazaba ahora con sequedad, cuando la criatura, acostumbrada a sus caricias de antes, se iba a trepar a sus rodillas para que la hiciera "caballitos".

Y era que su alma comenzaba a llenarse de pensamientos inútiles.

Siendo la tierra de Germán poca y pobre, había arrendado para sembrarla una gran charcra, distante algunas cuadras, a donde iba a caballo, al rayar el alba

Limpiándola, cercándola, labrándola, se que-

V

COMO EN LA VIDA

Cuando vino el invierno eran ya marido y mujer, viviendo en el rancho de Germán, por hacerle compañía.

La misma vida de antes corría por el mismo cauce.

El que sostenía la casa era Fabián. Antonio no haba vuelto, y el viejo, ciego del todo ya, se pasaban los dían sentado junto al fogón, cebando mate, con los ojos sin luz fijos en la tierra y el pensamiento quién sabe en qué obscuras regiones.

Vivía con el oído. Los pasos de Rina le alegraban la cara. Cuando ella se alejaba, nublábase su semblanite.

Por eso la muchacha trabajaba casi todo el día en aquella cocina ahumada y caliente, vigilando por la puerta, sin maderas, a su hijita que jugaba en el patio con los perros.

Cuando se estaba en silencio, su padre a cada momento preguntaba:

—¿Rina, está ahí?

—Sí, tata.

—¡Ah!

No conversaban más. El era callado y taciturno; ella tenía pocas cosas qué contar, si no era su vida, y su vida no era para alegrar al ciego.

y llenó el pobre rancho de una luminosa alegría.

El viejo se levantó golpeando el suelo con su bastón de tala, y fue a tocar aquella carnecita blanda y palpitante que era de su raza.

Algo del gran amor que por la criatura sintieron los dos hombres, alcanzó también a la hermana, porque fue ella quien le arrancó la primera sonrisa.

Dolores tenía ya tres años, y como su madre cuando niña, llamada la atención de las gentes.

En la sierra todo el mundo sabía su historia, que Candela, mucho antes de volver Rina, desparramó a los cuatro vientos.

La pordiosera, merodeaba como siempre cerca del rancho de Germán, a la hora en que Rina salía a ordeñar las cabras.

La muchacha nunca le negaba la limosna de leche; pero habría sido un gran alivio para ella no verla más, porque tenía miedo a aquella figura de bruja, que brotaba como una aparicion junto a la tranquera del corral, y que tanto había turbado su imaginación con sus cuentos extraños.

Ahora no quería oirla, y así que le daba la primera leche, que era siempre para ella, le pedia que se fuera.

Candela se alejaba riendo, seguida de su perrillo, el mismo perrillo embrujado de antes.

Un día, cuando Rina fue al corral, la encontró esperándola.

Era el verano y las gentes comenzaban a afluir a los pueblecitos de la sierra.

—¿A qué no sabés quién ha venido?— díjole la húngara en voz baja.

Rina se puso a temblar y no contestó.

—¿Qué me das por las albricias?

Involuntariamente la muchacha, comprendiendo que el que había venido era "él", miró hacia el chalet. Desde allí sólo se veían sus agujas y una parte de su techo de pizarra, recortándose en el lienzo azul del cielo.

—No, no está allí —observó sonriendo la mendiga, que sorprendió la mirada de Rina. Esta se puso coorada, y su mano tembló al alcanzarle su tarrito de leche.— Está en Capilla, con su mujer.... ¿sabías? se ha casado.... lo he visto y me ha dicho una cosa para vos; que quiere verte.......

Rina se puso intensamente pálida. ¿Pero era verdad aquello? Le entró un miedo horrible, porque presintió las tormentas que vendrían, tuvo miedo por ella, miedo por sus dos hijos, miedo por los dos hombres, si llegaban a encontrarse

—¡Que quiere verte! —repetía la húngara,— ¡que va a venir!

—¡Oh! —clamó Rina haciendo un esfuerzo para desatar su lengua— ¡que no venga, que no venga, que no venga!

Y huyó a refugiarse en la cocina, al lado de su padre, que la llamaba.

Sin contestarle, porque la voz la habría delatado, acercósele y le pasó la mano cariñosa sobre la frente arrugada, que se iluminó de alegría.

Estaba profundamente turbada; ¿era verdad

po y su espíritu en la paz de la tarde, y se echó a sus pies sollozando como una criatura, y le contó su vida.

Mucho sabía ya el cura, y lo dejó hablar acariciándole la cabeza con su mano bendita, que le hacía bien.

Cuando hubo concluído el mozo y alzó los ojos buscando en la sombra los de él, que debían darlel luz, habló así, casi al oído, para que sus palabras le entraran hasta el alma:

—Ella es buena, Fabián, a pesar de todo: y te quiere; casáte con ella. Si sos tranquilo y sabés quererla como quieren los pobres, serán felices. No me vengas con esas imaginaciones, que te sientan como te sentaría una levita. Vas descarrilado. Sé simple y sencillo y enterrá lo pasado. Lejos de ella no vas a tener vida que valga la pena de vivirse, porque vas a ser como un perro agusanado que busca un rincón donde echarse y no lo halla. Cerca de ella, dueño de ella, que es buena y te sabrá querer, trabajando para ella que te dará hijos, y trabajando para esa pobre criatura inocente, Dios te bendecirá, y serán felices. Te lo digo de nuevo, Fabián; si la querés como decís, por encima de las cosas del mundo, casáte con ella.

Fabián sintió como una gran luz que rompía la noche en que había caído su espíritu, y luchando por querer como quieren los pobres, humilde y simple, hambriento de verla, volvió a casa de Rina.

Si había caído, él sabía, sin que nadie se lo dijera, con quién había caído.

Sentía llamaradas de ira que le abrasaban la cara. Dos días pasó merodeando así como una fiera hambrienta, por entre aquellos cerros desde los cuales se veía el pueblo, hundido en el valle y en la calma.

¡Qué calma! pensaba él envidioso viendo los techos de paja, sembrados en los campos verdes; ¡qué calma la de las gentes que aman y persiguen las cosas que se pueden alcanzar, y no los sueños, como él!

Al segundo día sintió sed, y corrió buscando una vertiente, y bebió hasta saciarse; y cuando hubo bebido sintió hambre, un hambre animal, de lobo que ha pasado el invierno, bloqueado por la nieve; y a saltos bajó la ladera, lastimándose las rodillas y los codos cada vez que rodaba la piedra en que asentaba el pie, y él se iba un trecho con ella cuesta abajo.

Caía la noche cuando llegó al pueblo. La casa del cura quedábale cerca y a ella fue, siguiendo la senda solitaria y sombría del arroyo, para no dar con hombres como él.

Entró en la cocina y pidió de comer. La vieja criada, sin conocerlo, le dio pan y leche y un trozo de carne fría, y lo dejó solo porque tuvo miedo.

Pero él no comió, y volvió a salir impaciente y afiebrado. Halló a la criada que le espiaba, y le preguntó por el eura, y fué a buscarle al fondo de la huerta. Le encontró anegado su cuer-

aquello? ¿Qué nuevas tristezas venía a sembrar aquel hombre fatal en su vida, tan obscura ya por su culpa?

Al momento pensó en su hijita. Aunque era temprano, andaba la niña levantada jugando en el patio lleno de sol.

La madre la atrajo y la estrechó en silencio contra su pecho, en un abrazo largo, como para defenderla de alguien que quisiera quitársela.

¡Oh, si se la quitaran, se moriría! Ella había sido en sus días desesperados, su ángel de guarda; si aun podía mirar a las gentes, y entrar a la iglesia, y rezar por su madre ,a ella lo debía, porque ella la defendió, atándola con su cariño, para que no cayera más hondo. ¡Oh, si se la quitaran!.......

Todo el día lo pasó llena de zozobra, y no se atrevió a ir al arroyo, temerosa del mal encuentro.

Esa noche el hijo de Fabián enfermó. Desde que nació nunca había estado completamente sano, y su madre, que espiaba su salud, temblaba por su vida frágil, en que descansaba la paz de toda la casa.

Bastóle mirar las caras nubladas de su marido y de su padre, cuando les dio la noticia de la enfermedad, para comprender la inmensa desgracia que sería para todos y para ella más que para nadie, si el niño moría.

—En Capilla hay médico,—dijo Fabián.

Rina se sintió desfallecer. ¿Qué haría ella si la mnadaban ir a Capilla a buscar el médico?

—Esta tarde lo llevaré— añadió él.

Bien envuelto en un poncho, dejando al aire solo la carita, al sobrepaso de su caballo, partió el padre esa tarde llevando a su hijo.

Rina aguardó su vuelta llena de angustias. Había encendido una vela a la imágen de la Virgen de Dolores, y a cada momento sus ojos se volvían hacia ella en una muda plegaria:

—¡Madre mía! ¡que nada ocurra!

Cuando sintió el ruido de los cascos del caballo, entrada ya la noche, corrió al sendero a esperar a Fabián.

Este le alargó el niño, envuelto siempre en el poncho.

—¿Qué hay, que dice?— preguntó.

Fabián nada contestó; cuando entraron al rancho, alumbrado por una vela, vio los ojos de su mraido, enconados y fijos en ella como si quisiera sondearle el alma.

Comprendió que los dos hombres se habían visto, y que toda su vida dependía ahora de la vida frágil de su hijo.

—¿Qué ha dicho?— había preguntado el viejo alzándose de su banco de madera con las manos tendidas.

Un rato se hizo aguardar la respuesta.

—¿Qué ha dicho— volvió a preguntar el viejo en voz baja, casi con miedo?

—Ha dicho que no hay remedio —contestó Fabián sordamente,— que se lo hemos llevado demasiado tarde, que si no es hoy, va a ser mañana.

—¡Madre mía!— clamó Rina, que sintió un

era hermosa! ¡Cómo la odiaba y habría deseado verla muerta! ¡muerta por él! ¡y cómo se sentía aún todo suyo, más incapaz que nunca de vivir sin ella!

Tenía hambre también de saber quién era el que así había destrozado toda su vida, si era del pueblo, si era de la ciudad, si era pobre y podría ir a insultarlo y pelearse con él, o si era rico y tendría que dejarlo pasar, agradecido todavía por que se dignó pensar en su novia.

¡Oh! el nombre de ese hombre rico le sonaba en los oídos, como el sonido de una campana que hemos escuchado largo rato.

Toda su vida de niño se alzó en su memoria para decirle quién podía ser, y sus celos crecían como los torrentes de la sierra en los tiempos lluviosos; porque ella no había caído como todas las de su raza, con cualquiera, sin elegirlo ni pensar en él; sino que había ido a caer con el que desde niño llenó de ilusiones la cabeza inocente de ella; y llenó de amarguras la juventud de él, humilde y triste.

El era ignorante y simple; pero en el largo silencio de las noches pasadas sin dormir, al lado del rancho en que ella dormía sus sueños tranquilos, había aprendido a pensar. Había visto muchas revelaciones en cosas que para los demás nada valían, y había agonizado de celos, porque ella estaba muy arriba para que le alcanzara su corazón de paisano; porque ella estaba destinada a otras gentes que podrían amarla y llegar hasta ella.

ción entre ellos, y viendo a la pobre mujer que lloraba apretando a su hijita que lloraba también, quiso aumentar aquella inmensa pena con algo de la que se desbordaba en él, y la escupió la cara, sangre y huesos molidos, y pegando su boca sanguinolenta a su oreja espantada, la mordió con rabia y le gritó ahogando el alarido de dolor de ella:

—¡Mala mujer!

Y huyó como un asesino, perseguido por el perro, desgarrándose las manos y la ropa con los churquis espinosos que no veía.

*
* *

En el mismo sitio, al pie del frondoso peral donde oyó la confesión de Rina, a la misma hora, cuando los árboles se llenaban de sombras y perdían sus perfiles, y en la huerta entera se alzaba como un incienso el aroma de las flores que se abren en la noche, recibió don Filemón la extraña visita de Fabián.

Había andado errante dos días entre las montañas, con su dolor y sus celos, unos celos que sentía nacer en él pujantes y bestiales, en la carne erizada al recuerdo de que Rina lo había engañado para ser de otro antes que de él, y había vuelto al pueblo como un lobo acosado por el hambre.

Tenía hambre de verla, porque ahora se sentía más irresistiblemente arrastrado a ella, ahora que sabía que ella había sido amada de otro. ¡Oh,

gran dolor dentro del pecho, hacia el lado del corazón, y se llevó las manos, apretándose la carne para calmárselo.

Fabián volvió la cabeza con disgusto y el viejo preguntó ansioso:

—¡Rina! ¿qué es eso, hija?

—Nada, tata— contestó Rina agarrándose a la pared para no caer,— ¡ya pasó!

Pasó el dolor físico, efectivamente; y ella tomó al niño para acostarlo en su cama, donde dormía ya su hijita.

Fabián la vió, y la detuvo por un brazo:

—¡No, ahí, no! ¡con la otra no!

Rina se quedó inmóvil:

—No hay más cama —observó tímidamente, como una disculpa.

—¡Dámelo, al mío! y llévate la otra allá, ¡que duerma allá!

Y con el gesto y la mano airada, señalaba hacia afuera, hacia la cocina, donde la noche estaba negra.

La madre salió, sin una palabra, llevándose a su hijita dormida, con miedo de despertarla.

Sobre el fogón, la hizo con sus ropas en la ceniza blanda, una camita bien mullida y allí la acostó.

La besó en la frente sin nubes, y llamó a **León**, el dócil amigo que se dejaba maltratar las orejas por ella, y se lo puso a su lado, para que cuidara su sueño, y para que cuando sus ojos azules se abrieran al dia nuevo, si no tenía la caricia de la madre que por primera vez dormiría lejos de

ella, tuviera la caricia del compañero de juegos que le lamería las manos con su lengua rosada.

nariz, su boca, que parecían luminosas en el aire brillante de aquella siesta de otoño. No veía sus ojos, y como era lo que más amaba en ella, de un salto se llegó adonde estaba y se echó a sus pies como un perro, besándole las manos.

—¡Rina, Rina!

Rina lo miró asustada, sin conocerlo por el traje que llevaba:

—¡Fabián!— exclamó luego y escondio la cara entre sus manos y se echó a llorar. —Fabián Fabián, ¿para qué has venido?

El se puso de pie, porque sintió que aquel grito, impregnado de pena y tal vez de vergüenza, le entraba en el corazón como una puñalada.

—¡Rina! ¡mi novia!—balbuceó con miedo.

Ella movió la cabeza como diciendo: "¡ya no!"

En ese momento, Dolores, la chiquita, a quien el aire de la sierra había devuelto la salud, y que ensayaba ya sus pasitos vacilantes, salió del cuarto y viendo aquel hombre desconocido, se agarró del vestido de su madre.

—¡Mamá, mamá!— gritó aterrorizada.

Fabián se apretó la cabeza, y poniendo su cara junto a la cara de Rina, quemándola con su aliento, le preguntó:

—¿Es tu hija?

—¡Sí!

—¿Te has casado?

—¡No!

—¡Oh! —crujieron los dientes del hombre, como si hubiese querido deshacer su desespera-

zas, presintió en sí lo que habría hecho: la habría amado a pesar de todo, siempre, siempre, hasta que ella, algún día, compasiva con él, le devolviera gota por gota todo el cariño que él le daba a torrentes.

Con los ojos mojados, miró los sauces, miró el arroyo, miró la piedra blanca en que ella diariamente se hincaba a batir su ropa, miró todas esas cosas tan mezcladas a la vida de ella, que parecían vivir y sentir a su lado como seres amigos..... ¡Qué mudas eran! ¿Por qué no hablaban para contarle la verdad antes de verla?....

Se levantó de un salto y subió corriendo por el sendero que llevaba hasta la casa. Aunque eran pocos pasos, llegó agitado, con el corazón que se le quería saltar.

Se detuvo de golpe, porque la vio y fue como si hubiera mirado el sol. Estaba en la galería, cosiendo, sentada en una sillita baja.

¡La había visto tantas veces en esa santa y adorada postura! ¡su Rina! en el mundo que había corrido, muchas mujeres hermosas vio, ¡pero qué tenían que ver todas las hermosuras del mundo al lado de aquella!

Absorta en su labor, Rina no alzaba la cabeza ni le podía ver, porque estaba casi de espaldas. Y él, sediento de ella, se deleitaba en mirarla, con la misma adoración de los tiempos en que le parecía inaccesible para él y no le había aún confesado su amor. Veía sus brazos arremangados, sus manos laboriosas, su cuello fino, su orejita deliacada, el perfil suave de su rostro, su frente, su

VI

TU ESTRELLA ES ROJA

El niño murió y Fabián lo llevó a la tarde al cementerio en una caja de pino sin pintar, atravesada sobre el caballo.

El solo cavó la fosa, y allí lo dejó, durmiendo su sueño tranquilo, al lado de la madre de Rina.

A la vuelta, abandonó las riendas y se dejó llevar al paso, hundido en sus pensamientos.

¿Así, pues, él no tenía ya a su hijito? Y en cambio vivía a su lado, en su casa, la hija del otro........ ¡oh!.....

La tarde en que fue a Capilla en busca del médico, mientras hacía lentamente el camino, por no molestar al enfermito, se halló envuelto en el torbellino de una ruidosa cabalgata de veraneantes que pasaba.

No miró las caras porque iba distraído, pero una voz le hizo estremerce.

—¡Adios, Fabián!— le gritó alguien.

Se volvió, tocándose el sombrero, y le pareció que el que le había hablado era Miguel.

Una oleada de cólera le incendió la cara. ¿Por qué, después de **aquello,** lo insultaba saludándolo?

En Capilla, donde preguntó si estaba, le dijeron que sí, y le contaron algo de su vid.a Se había casado con la prima rica, enferma ahora del

pecho. No tenían hijos, y los médicos le habían dicho que nunca los tendrían. Ella deliraba por los niños, y él, deseoso de complacerla, buscaba uno para adoptarlo.

A su vuelta del cementerio, recordó Fabián ese detalle en que apenas se fijó y fue para él como una luz.

Iría a verle y le diría: "En mi casa hay una niña,, y es su hija, ¡su hija verdadera! ¿La quiere?

Si no la quería, tanto peor para la niña, ¡la mataría! No podía sufrir más aquella afrenta perpetua y viviente a su lado.

Cuando llegó al rancho, dió un rodeo para no pasar por el patio, donde la chiquilla jugaba con los perros; y esa noche, aunque había una cama de más, la hizo dormir en la cocina.

Al día siguiente, su resolución había variado un poco.

No iría a ofrecer la niña, iría a llevársela| Si no quería tomarla, la mataría a ella y lo mataría a él. Tenía el alma cargada de sombras.

Ese día no fué a la chacra. Rina lo observaba con el corazón palpitante de zozobra, presintiendo algo.

—¿Qué hacés?— le preguntó él en un momento en que ella se le había acercado, —¡andá a lavar al arroyo!

—¿No vas a la chacra?—interrogó ella.

El se quedó callado.

Rina salió. En el patio jugaba su hijita. Adivinando que la desgracia caería sobre ella, la llamó para llevarla consigo al arroyo; pero la ni-

capaz de hacer sufrir a nadie. Recordaba aún que un día, hacia el fin del verano, la vió venir llorando del chalet, abandonado ya por sus dueños, porque había hallado tres palomitas muertas de hambre y de sed en una jaula. Ella, que así lloraba por unas palomitas muertas, ¿habría sido capaz de matarlo a él engañándolo?

¿Por qué entonces, cuando él bajó en la estación y preguntó por Rina, con esa fiebre que le entró por saber algo de ella, el que le contestó que vivía aún con su padre, tuvo una sonrisa compasiva?

Le hacía daño el recuerdo de esa sonrisa. Si ella lo hubiera olvidado, él, que la amaba sobre todas las cosas del mundo, que se sentía incapaz de vivir sin ella, como era incapaz de vivir debajo de tierra, sin aire y sin sol, se dejaría morir de hambre para acabar con todo.

¡No; no podía haberle olvidado! Mas, ¿por qué entonces aquel silencio de dos años, que lo había hecho vivir sin esperanzas y en la noche, como si el sol no hubiera lucido diariamente sobre los mares que su suerte le llevaba a cruzar? ¿Por qué aquel hombre se había sonreído al hablarle, como se sonríe la gente mala ante un marido engañado?

¡Dios! ¡no quería pensar más! Le entraba una desesperación infinita, que le hacía morder con ira la hierba del suelo, y comenzaba a creer en su desdicha.

¿Qné habría hecho él sin ella?... Se puso a llorar, y como las lágrmias ablandan las aspere-

iba; y él, que comenzaba a ser valiente, desechando la timidez que a su lado lo ataba, le hablaba de amor.

¿Por qué supo recién al irse, que ella lo quería? ¿por qué si lo había querido siempre, aguardó par decírselo el último momento en que él podría verla, llenándose de sus ojos y de su boca y de toda ella, como se llenaba del agua cristalina y fresca del arroyo, cuando volvía sediento del trabajo?

—¡Rina, Rina!— volvió a clamar en voz baja, porque necesitaba oír su nombre en aquel lugar.

Se acostó en la hierba, porque a su pesar, él, que llevaba aún el traje de sargento de marina, él, que había visto sin miedo muchas tormentas, que hicieron palidecer a los ya avezados al mar, sentía ganas locas de ponerse a llorar como un niño castigado.

¿Qué era, pues, lo que le amargaba la dicha inmensa de volver a verla?

En aquellos dos años de ausencia, no recibió ninguna noticia de su pueblo. Parecíale que el tiempo se había hundido vacío en el misterio en que se pierden las cosas, y que era el día siguiente al en que ella le juró no olvidarlo.

¿Habría cumplido su promesa?

¡Ella era leal! La había visto crecer como un hermano ve crecer a su hermana, y adorándola desde niño, tenía la memoria llena de las cosas de ella. En toda su vida, ella no había dejado nunca de cumplir con su deber, ni nunca fue

ña entrtenida se negó a ir, y cuando a la fuerza quiso obligarla, se puso a llorar.

Rina vió los ojos de Fabián que la seguían, y sumisa como una esclava, se fué ella sola.

El miró el sol. Serían las nueve: buena hora. Sin prisa, se puso a ensillar el caballo. Cuando hubo concluído, se acercó a la criatura y sonriendo con esfuerzo, le dijo, acariciándola con su mano que se crispaba sobre ella:

—¿Querés que te lleve a caballo?

La niña, a quien don Filemón alguna vez había alzado en su mula, se encantó con la idea, y dijo que sí.

Montó Fabián y la acomodó sobre la cabezada del recado, que cubrió con un pellón, y después dando un latigazo, partió a galope, por un camino atravesado, para no pasar por el arroyo.

Rina oyó el ruido de los cascos del caballo, que golpeaban el suelo pedregoso, y llena de angustia, subió la barranca, alcanzando a ver a Fabián que huía con su hija.

Sintió el mismo dolor de días antes, se llevó la mano al corazón y, sin poder dar un grito, cayó como una res herida en la frente, echando un poco de sangre por la boca......

Fabián tomó el camino de Capilla, por un atajo, para no pasar por el pueblo.

La niña al principio se reía, después tuvo miedo de aquella carrera frenética y de aquel hombre que castigaba con ira el caballo, apretándola a ella con una mano que se le clavaba en el costado como un garfio. Se puso a llorar.

—¡Volvamos, volvamos!—imploró.

Fabián no la oía. Encontró dos o tres hombres que le dijeron adiós, y pasó sin contestar.

De pronto, cuando iban llegando, sofrenó su cabalgadura y se paró en seco, porque vio a Miguel en el camino solitario.

Venía a pie, con una escopeta terciada a la espalda. Vestía de blanco y llevaba polainas amarillas.

Fabián lo aguardó, haciendo un esfuerzo terrible por serenar su rostro descompuesto. La niña había dejado de llorar, porque no tenía ya miedo, y le pedía en su media lengua que galoparan más.

Cuando Miguel vio al paisano, se le acercó sonriente, alargándole la mano, con su elegante familiaridad.

—¡Cómo te va Fabián!— le dijo— el otro dia al pasar te saludé; ibas distraído y no me conociste; ¿y tu padre? sé que te casaste, ¿cómo está Rina?..........

Las venas hinchadas en la sien del paisano, palpitaron un poco, por el esfuerzo que hizo para disimular lo que sufrió al oir el nombre de ella en la boca de él. No fué indignación; fue un dolor agudo, el mismo que sintió cuando le dijeron que él la pretendía, cuando le vio un domingo acercarse a saludarla, cuando notó que ella se reía con él.......

¡Oh! ¡cómo había sufrido desde niño por aque hombre, y cuán acostumbrado estaba a humillarse delante de él! Ahora mismo, toda su có-

IV

EL AMOR DE LOS POBRES

Tampoco para él había cambiado el paisaje. El arroyo corría siempre bajo los mismos sauces llorones, que dos años antes vieron la despedida del conscripto y de su novia.

Amaba aquel sitio escondido y silencioso, porque fue testigo del único momento feliz de su pobre vida, cuando ella, descansando en su pecho fuerte su cabecita delicada, cerró los ojos y se dejó besar en la frente.

—¡Oh, Rina, Rina!— exclamó Fabián que ante ese recuerdo se sintió enternecido hasta las lágrimas.

Para calmar un poco sus nervios, sentóse en la piedra blanca en que ella solía lavar. Había en todas las cosas que veía, detalles que delataban su paso por allí. Era una pieza de ropa tendida al sol. Era un miserable pedacito de jabón, olvidado sobre la ancha laja, que atraía sus miradas codiciosas; eso lo había tocado ella. Era la senda angosta, que sus pasos abrieran en la hierba, por todas partes tupida y fresca.

Con su imaginación de hombre silencioso, acostumbrado al recuerdo, la veía de nuevo, tal como la vió la última vez. En la mañana de aquel día tan lejano, ella fue como de costumbre a lavar en el arroyo. Estaba triste, porque él se

¿Qué era lo que allí faltaba?

¡Ah! Su durazno, el que florecía en las primaveras, a la par de su alma, no estaba más.

En el invierno se había secado y Germán cortó su tronco inútil para hacerle una cumbrera a la cocina.

Los ojos de Rina se llenaron de lágrimas ante la ausencia de su árbol querido.

Estaba acostumbrada a ver en el durazno, que plantó su madre el día que a ella la bautizaron, un símbolo de su vida, y su muerte la entristeció como un augurio.

¡La muerte! Pero ahora que estaba bien con Dios, ¿qué habría sido para ella la muerte sino el gran descanso de su alma fatigada por la vida?

Sintió una racha de desaliento abatirse sobre ella. Pero, resuelta a ganarse el perdón de su padre y la salud de su hijita con sus manos laboriosas, arrojó de su mente las estériles y enervadoras cavilaciones que en otro tiempo la perdieron, y con una fuerza nueva en su cuerpo, que le pareció ser el perdón del cielo que obraba ya en ella, se puso a la labor silenciosa de reconstruir el hogar deshecho por su ausencia.

lera se había deshecho, y al mirarlo así, con su traje blanco, sus polainas amarillas, su sombrero de paja, su modo indolente y manso, recordaba el día en que le habló en el arroyo, vestido él como entonces.

A su pesar, volvió a ser el mismo de ese día, y acordándose de Rina, como si el tiempo se hubiera parado en aquel minuto. de humillación, sintiendo la misma angustia de que él fuera a negarse a su súplica, le habló con la misma voz:

—Esa niña, ¿no la reconocía? ¿nunca la había visto? ¡Era su hija!

—¿Mi hija?— preguntó Miguel.

—Sí, su hija, ¿no veía sus ojos? ¿no veía que era rubia y fina como una señorita?

Miguel miró a la niña sonriendo; vio sus ojos, y le pareció que podía tener razón.

—Entonces era ésta la que......

—Sí, es ésta, —se apresuró a contestar Fabián para cortar aquella frase que le iba a hacer daño.

—¿La que nació en Buenos Aires? —continuó Miguel.

—Sí, sí, es ésta,— respondió el paisano echando pie a tierra y bajando la niña, que se dejó acariciar por su padre.

—¿Es linda, no? —dijo Miguel alzándola hasta la altura de sus ojos.— Un día fue Rina a ver a mi madre, me lo han dicho después. Si ella hubiese sabido que no íbamos a tener hijos, quizás no la habría rechazado; tal vez ni siquiera creyó que esta criatura fuera mía. Pero.....los

ojos...... Tiene también algo de la madre —observó, mirando al joven paisano con una sonrisa amable.

Fabián sintió como un vértigo, y bajó la mirada, que se le iba poniendo torva.

—¿Y qué querías, Fabián?— preguntó Miguel, sin dejar de hacer cariños a la criatura.

—Me habían dicho...— murmuró vacilante el mozo, que usté se había casado.

—Así es, yo también me casé.

Y que no tiene hijos.

Miguel sonrió de nuevo:

—No es culpa mía, vos lo sabés; mi mujer es enferma.

¿Por qué hablaba así, con esa inconsciencia hiriente, sin darse cuenta del daño que hacía?

Fabián se quedó callado un momento, porque comenzaba a costarle el hablar. Chispeaban en su memoria algunas escenas viejas. ¿Así pues, estaba destinado a humillarse siempre delante de otro? Una vez en el arroyo de la casa, lo arrojó al remanso; llevaba un traje nuevo y estaba presente Rina, que se reía como una loquita. Ese día se le ocurrió matarlo; pensó ir a la noche, entrarse en el chalet por la ventana de su dormitorio y cortarle la cabeza con un cuchillo que se había fabricado. ¡Oh, qué odio le tuvo en aquel tiempo!...... Y ahora estaban frente a frente, como si desde aquel tiempo nada hubiera sucedido, humilde y achicado el uno y el otro sonriente.

—Me habían dicho también —prosiguió Fa-

prano ensilló su caballo y se fue a aquietar el mar de sus sentimientos en la paz de los campos.

La ausencia de Rina veíase en todos los detalles de la casa; el rancho estaba más sucio; las ropas de su padre colgadas de los mismos clavos de antaño, tenían una capa de polvo; la cama de madera de algarrobo en que durmió su mdare y en que había dormido ella, no tenía mantas y el colchón estaba roto. Su padre pasaba la noche sobre el apero, en la cocina, o sobre un catre de guasbas, que vio ce rrado en un rincón. Había un cuadrito con una Virgen de los Dolores que ella amaba mucho, porque se lo regaló el cura el día de su primera comunión; aun pendía a la cabecera de la cama, pero tenía el vidrio roto, y el polvo y las moscas habían ensuciado la estampa.

En todas las cosas conocíase la falta del ama que las cuidara.

Sólo el paisaje no había combiado; era el mismo sol iluminando los mismos campos pardos con manchas de un verde alegre en las chacras de maíz; eran las mismas montañas, las eternas e impasibles montañas obscuras.

El balido de las cabras en el corral, pidiendo que las soltaran, le recordó que era hora de ordeñar a las lecheras.

Al venirse a la sierra traía la ilusión de que su leche pura y sabrosa devolvería a su hijita la perdida salud.

Por eso, corrió con alegría a la tarea. Pero en el patio se detuvo. Allí faltaba algo, que la puso pensativa.

endurecidas por la pobreza; le besó los pobrecitos pies, lastimados por la larga jornada de ese día, para llegar hasta Dolores por caminos extraviados, desde una estación lejana.

Un rato pasó así, acariciándola.

Después se acordó de la criatura que, cansada de llorar, se había dormido, y sintiendo que todo su odio se concentraba para caer sobre ella —que tenía en sus venas, seguramente, sangre del hombre que odiaba— que la iba a matar si la veía, y que muerta la hija, su cólera crecería y lo avasallaría y mataría a la mdre y después se mataría él, sin tocarla, sin siquiera mirar para el lado en que estaba, huyó del rancho y fue a la cocina a tenderse como un perro sobre la cenizn fría del fogón.

*

* *

Una caricia, que le trajo el recuerdo de los tiempos pasados, despertó a Rina, que se alzó con el cuerpo dolorido, pero con el alma en paz. Era **León** que le lamía la cara, mostrándole que la reconocía, aunque esa noche había llegado como una mendiga a la casa de su padre; ¡**León** que había aceptado ya a su hijita, cuyas manitas inocentes martiriaban sus largas orejas!

Rina acarició al perro fiel, que era como el alma de las cosas que tanto había amado, y al hacerlo le pareció que se reconciliaba con todas ellas.

Sn padre no estaba en el rancho; muy tem-

bián, sintiendo que le batían la svenas de la sien, —que anda buscando un chico, para criarlo como hijo.

—Es cierto, es un capricho de mi mujer

—Bueno, si es así, ésta... ¿no querría llevarse ésta?

Miguel se quedó cavilando un rato, y Fabián aguardó la respuesta pendiente de sus labios. Imaginábase que si alguien se llevaba la niña, volvería a su alma la paz de los días en que vivió su hijo.

Pero Miguel habló:

—¡No, Fabián! En mi casa admitirían cualquiera menos ésta.

—¿Por qué, don Miguel?

—Porque es hija mía, y en esto mi madre y mi mujer son intransigentes.

—Sin embargo.... ya que busca un chico... ¿qué mejor que esta criatura?

—Si a mí me dejaran elegir; si mi madre no supiera que ésta existe; si a Rina no se le hubiera ocurrido la locura de ir a llevársela.....

Fabián se quedó callado. Cada vez que él la nombraba, le venían unas ganas terribles de abofetearlo. Agachó la cabeza y se puso a hacer con el pie marcas en el suelo.

Miguel miraba a la niña y miraba al paisano, y se reía un poco por dentro, ¡qué gentes! pensaba. Con qué frescura venían a traerle a uno la cría, diciéndole: "este hijo de mi mujer, es suyo."

Fabián alzó los ojos y sorprendió su sonrisa:

—¿Es linda, no es cierto?— dijo aturdidamen

te,— por ahí andan propalando no sé qué cosas; si la vieran no dirían de mí nada. Casi tengo ganas de llevarla a Capilla.

Fabián se mordió los labios.

—¿Por qué no se la lleva?

—Por un día no más, para mostrarla.

—¡Ah!

Hubo un nuevo silencio. El caballo de Fabián hacía sonar impaciente las rodajas del freno. El camino estaba solitario, y comenzaba a ponerse fuerte el sol. Maquinalmente, los dos hombres se habían ido arrimando a un árbol que crecía a su vera y conversaban a la sombra. Un ternero atado en un corral lejano llamaba a su madre con un balido, y cundo el balido cesaba, todo quedaba en silencio, no oyéndose más que el ruido estridente de alguna chicharra.

Fabián habló:

—Entonces...— dijo rascándose la cabeza,— ¿usté no la quiere?

—No.

—¿Y qué va hacer de ella?

—¡Hombre! ¿qué voy a hacer de ella? ¡nunca lo había pensado!

—Sí, ¿qué va a hacer de ella?—repitió el otro.

—Te daré veinte pesos mensuales.

—¿Y la criatura?

—¡Vaya! haré lo que he hecho hasta ahora: dejarla con la madre....— y se puso a reir.

. . . .

Más tarde, en la prisión, el día que se ahorcó

ta. Oyó que respiraba, y más tranquilo, se volvió a su silla.

¡Matarla! ¿para qué? ¿qué había hecho? ¿no era al fin él culpable de todo, porque vendió su tierra para el chalet, y llevó el enemigo a su casa para que defendiera su pleito y le robara su hija?

Con la cabeza hundida en las manos, agachado cerca del brasero, mirando morir los carbones encendidos, dejó correr estúpidamente las horas.

Afuera, la luna había salido; un golpe de viento abrió la puerta, y entró por ella una ancha faja de luz que envolvió a Rina dormida o desmayada.

El viejo se levantó a mirarla.

¡Cómo se fundieron en su alma los rencores, en la ola de ternura que le anegó la vista de aquellas facciones queridas evocadoras de otros tiempos!

¡Su Rina! ¡Qué mundo poblado de cosas alegres y tristes palpitaba en ese nombre!

¡No la había muerto, no! ¡ni la mataría! la necesitaba para él, ahora que nadie la querría; para él solo, que había temblado tantos años pensando que alguna vez podía perderla. La había perdido, pero ahora la hallaba, y ahora no podría perderla otra vez......

Para verla bien, con su vista débil, se acercó más y tocó su frente con la punta de su dedo, y tembló al contacto de aquella carne fresca que cedía; la miró más de cerca aún, y arrastrado por aquel mar de cariño atrasado, la besó en esa pobre frente, amoratada por su mano; la besó en los ojos cerrados; la besó en la boca; le besó las manos,

sido imposible sentir el espíritu del cristianismo. Aquí, por el contrario, se aspira el aire mismo de la religión.' '

Después de las oraciones, si el tiempo está bueno y él está de ganas, Guillermo II se echa una capa sobre los hombros y da un ligero paseo por el foso anterior, paseo que jamás excede de una media hora. Luego se retira a su cuarto, y la familia Bentinck no lo ve hasta la hora de la cena a las 8 de la noche.

Ya pasó el tiempo en que el doctor consideraba necesario que el ex-Emperador, por motivo de salud, contemplase el bosque. El pequeño edificio que le sirvió para eso se halla en el patio del castillo, cerca de la casa principal, y el ex-Emperador con frecuencia veía a los comerciantes. que tenían que arreglar sus negocios a la puerta de la cocina. Pero ahora, después de media hora de peregrinación, el ex-Kaiser vuelve a sus habitaciones, y allí permanece, excepto por intervalos en algunas raras ocasiones, hasta que llega la noche.

VINCULOS DOMESTICOS INTIMOS

El sufrimiento y el pesar han conducido al ex-Emperador y la ex-Emperatriz a una intimidad que antes de la guerra tal vez habría sido imposible. Ahora muy pocas veces se les ve separados. La ex-Emperatriz no manifiesta menos devoción en sus cuidados para con el ex-Emperador, que éste en sus atenciones que le prodiga a aquella en sus penosos ataques del corazón. Se han vuelto completamente burgueses en su afecto; viven en la misma pieza; durante el día se calientan a la lumbre del mismo hogar, y se hacen los mismos gestos y se dicen las mismas frases de ternura que nosotros adjudicamos a los individuos de la clase media, que disfrutan de felicidad. La ex-Emperatriz se sienta a un lado del fuego con su costura en las manos, mientras que el ex-Emperador por otra parte, lee en voz alta un libro que le ha llegado de Alemania o Inglaterra. Tal vez se me permita decir que ahora está leyendo mi obra "LAS VINDICACIONES DE LA GRAN BRETAÑA," en el que he trazado las fuentes que dieron origen al niágara de la guerra.

Después del lunch que se les sirve en sus propias habitaciones, el ex-Emperador toma una especie de ejercicio tan curiosa y tan sugestiva de su prisión, que es difícil imaginarse qué placer puede encontrar en él, o cómo un hombre de una excitación nerviosa tan grande, sea capaz de soportar tal monotonía. Se pasea una hora y media por la galería que mira hacia el vestíbulo del castillo. La galería es oscura, más bien lúgubre. Algo más, no recibe la frescura del aire exterior. No obstante, durante hora y media aquel hombre de cabeza blanca, que ahora viste de uniforme prusiano, camina rápidamente, y la mayor parte del tiempo en silencio, todas las tardes, escuchando la conversación de su ayudante, un joven capitán, cuyo ánimo y alegre temperamento que el ex-Emperador aprecia muchísimo, y cuya lealtad al Kaiser caído implica el sacrificio de su propia juventud.

Después de su paseo por la galería, el ex-Emperador vuelve a juntarse con su esposa y permanece con ella hasta la hora de comida. Algunas veces duerme, algunas escribe, pero por regla general parte del día lo pasa leyendo y conversando.

QUÉ ES LO QUE ESCRIBE

Puede que interese al lector saber que el ex-Kaiser no ha escrito, ni lo pretende, ninguna defensa de su política. Lo que está escribiendo muy pocas personas lo saben, y es muy probable que el documento no vea la luz pública hasta que muera el ex-Emperador. Tal vez tenga el carácter de una autobiografía. Está resuelto, como dije, a no aparecer más en el escenario del mundo.

Millares de cartas y telegramas le llegan de Alemania. El no contesta ninguna. Su deseo es retirarse en cuanto le sea posible a un lugar campestre de Alemania, y parece que Guillermo Hohenzollern desea que nada intervenga con este anhelo, con esta última ambición.

Si la salud de su esposa lo permite, tanto el ex-Emperador como la ex-Emperatriz se reunen a comer con la familia de Bentinck, y cuando la salud de la ex-Emperatriz no está demasiado mala para que produzca ansiedad, pero no tan buena para ceremonias, el ex-Kaiser llega a comer solo.

Al ex-Emperador le complace de veras la sociedad de los hijos del Conde Godard. Se muestra bondadoso, alegre, amigo de anécdotas y hasta de juegos. Se presenta a la mesa vestido de uniforme, y constituye el centro del grupo, siempre agradable y divertido, nunca sombrío ni irritadizo. Ya no acostumbra practicar sus ejercicios de equitación que fueron la nota culminante de sus días de gloria. Cuando las damas se han retirado, el Kai

ser expatriado fuma su cigarro con su huésped, y en estas ocasiones habla con absoluta libertad de ánimo.

Me agrada pensar en este emperador apasionado y fácilmente excitable en otras épocas, cuyo poder era ha poco prodigioso y que a punto estuvo en 1914 de dominar el mundo: hoy se sienta tranquilo y reflexivo a conversar con el caballero holandés de provincia, que siempre se ha mantenido aislado de la vida pública y ha seguido el camino de las simplicidades con un sentimiento de responsabilidad hacia Dios y sus semejantes. Estos dos individuos tienen con los ingleses un lazo de simpatía. La madre del ex-Kaiser fue inglesa, la adorada Reina Victoria que murió en sus brazos. El padre del Conde Godard fue herido en la guerra peninsular y sirvió en el estado mayor de Wellington en Waterloo. Su conversación a menudo los lleva imaginariamente a Inglaterra, y con frecuencia hablan en inglés, en cuyo idioma pronunció sus primeras palabras al entrar en el castillo el 11 de noviembre: "And now —exclamó con una palmada— give a cup of real good English tea." (Ahora, pues, dadme una taza de bueno y legítimo té inglés.)

EL PIANISTA QUE SE CONVIERTE EN HOMBRE DE ESTADO:

Paderewski, Presidente de Polonia

Quizá en lo futuro Paderewski llegue a ser más famoso por el mote que ha puesto al bolshevismo que por su alta dote de artista en el piano Se adjudica a él la denominación de "GUERRA CONTRA EL CEPILLO DE DIENTES" que se ha dado al "levantamiento rojo". Recordamos que a la Revolución Francesa en cierta ocasión se le describió con esta gráfica frase: "LOS ZAPATOS DE SEDA BAJAN LA ESCALERA Y LOS SABOTS SUBEN".

Un nuevo Paderewski ha surgido del sensible y frágil pianista de hace una generación. Nadie habría adivinado al director de un pueblo bajo aquella blonda cabellera que formaba el marco de su rostro. Su primacía en el piano es universalmente reconocida; pero sería un error creer que su exaltación al poder ha sido como consecuencia de sus méritos artísticos. No; su instrumento ha mucho tiempo que calló. Paderewski se sienta ante una asamblea que no lo recibe con aplausos; como lo saludaba el público de Nueva York al aparecer en las tablas. El Sejm (Parlamento Polaco) al reunirse este año por primera vez desde 1830, es descrito por Elías Tobenkin, y en él descuella Paderewski como una figura importante, pero no única:

"El Sejm lo abrió el Príncipe Fernando Radziwill, un lejano pariente de los Hohenzollern y una de las columnas de la antigua nobleza polaca. El honor concedido al Príncipe Radziwill se declaró absolutamente desprovisto de significación política; no pasó de ser una cuestión de costumbre.

"El Príncipe llegó a la Presidencia temporal únicamente en

virtud de mayoría de edad. Tiene ochenta y cinco años, y es el miembro más viejo del Parlamento. Por una costumbre semejante, los dos miembros más jóvenes de la Cámara, un socialista y un sacerdote católico, ninguno de ellos mayor de veinte y cinco años, actuaron como vice-presidentes y se sentaron a la derecha e izquierda, respectivamente, del anciano caballero mientras duró la primera sesión, ayudándole en cumplir sus obligaciones.

"Mr. Paderewski, nuevo Ministro y Presidente de la República Polaca, y Diputado del Parlamento, ocupó asiento a la derecha del Príncipe, con los miembros del gabinete. Su entrada en el salón no provocó ninguna demostración de parte de los delegados. No hubo ovación pública para él, la dignidad y solemnidad de la hora y del lugar la excluyeron. No obstante, durante el largo tiempo de la sesión, uno que otro delegado se acercaba silenciosamente al gran compositor, y ahora su primer estadista, a estrecharle la mano y a decirle unas cuantas palabras de congratulación, a las cuales Paderewski contestaba con la ferviente cordialidad que tanto distingue a la nobleza polaca.

"Figuras distinguidas en el Parlamento fueron las figuras de Ignacio Daszynski y Andrés Moraczewki, ambos ex-Ministros y sin guardar rencillas por el hecho de que su partido ya no está en el gobierno, pues el gobierno de Paderewski es del elemento de la derecha, o sea el conservador, en oposición a los semi-socialistas de Daszynski y Moraczewski."

Una descripción íntima de Paderewski la da una carta que publica la Musical America de Nueva York, y que fue enviada por la esposa del artista-estadista. Ella señala las razones por las que su esposo ha tomado un papel predominante entre sus compatriotas:

"Esta carta es en sí misma una prueba de que estamos vivos. Tenemos plena razón de enorgullecernos de nuestro país. Todos los cambios relativos a la política interna y externa de Polonia se han logrado sin el cortejo corriente de disturbios, sin el derramamiento de una sola gota de sangre, sin una protesta siquiera de facción.

"Toda la nación, con inquebrantable fe, ha colocado sus destinos en manos de Paderewski; precisamente porque Paderewski jamás ha pertenecido a ningún partido, es que ha logrado reunirlos a todos. Por esa misma razón posée hoy el apoyo de todos —y, permítaseme que agregue: goza de la confianza general.

"Hoy se están efectuando las elecciones para diputados de la Asamblea Nacional. Por primera vez en 140 años, el pueblo polaco, sin distinción de clases, de razas, ni de religión, encuentra la oportunidad de votar por sus propios representantes; y a pesar del hecho de que muchos de los electores son analfabetas, gracias al buen cuidado que tuvieron sus opresores de privarlos de las luces de la enseñanza, las elecciones continúan sin disturbios, riñas, ni desórdenes de ninguna clase.

"De la manera más ordenada, millares de millares de ciudadanos polacos, hambrientos, harapos, formando fila permanecen pacientemente, algunas veces muchas horas, con los pies desnudos sobre la nieve, tiritando de frío, esperando su turno para

echar el voto. Bien los podría tomar por ejemplo los ciudadanos de muchas otras naciones. Cada vez más comprendo mejor cuán grande y admirable es el país a que pertenecemos.

"La guerra se ha desencadenado en muchos frentes. Los bolshevistas, los ukrainenses, los checos, los alemanes, cada uno de nuestros enemigos, posée fuerzas superiores a las nuestras, y atacan por todos lados. Y para oponernos a ellos, para contener el oleaje de sangre, el soldado polaco, sin uniforme que cubra su espalda, en camisa, descalzo. lleno de cicatrices y de heridas no curadas, marcha al frente, cantando e intrépido.

"Los niños y las mujeres están defendiendo Lemberg. Sólo Dios sabe cuantos han muerto. Les han quitado el agua y la electricidad. Se les escasea el alimento. No hay doctores, ni provisiones de hospital, ni se consiguen ambulancias. A pesar de todo, nadie piensa en rendir la ciudad a los ukrainenses, y a los que los apoyan —alemanes y austriacos.

"La tarea que Paderewski ha emprendido es sobrehumana, pero con la ayuda de Dios cumplirá lo que ha empezado. Está predestinado a triunfar, porque tal es la voluntad del Omnipotente, y nada puede prevalecer contra ella.

"Hoy llegó el admirable reconocimiento de Polonia por los Estados Unidos. ¡Qué alegría, qué consuelo, qué inspiración es ella para nosotros!

"Yo también tengo ante mí una inmensa tarea: el trabajo de socorro entre los heridos, los enfermos, los hambrientos y los niños. Prácticamente estoy a la cabeza de un centenar de instituciones, con ramificaciones en Lemberg, Vilna y las poblaciones de la frontera. Es una tarea gigantesca, pero todo mi corazón y mi alma están en ella. Mis esfuerzos producen frutos y me veo pagada con creces por el afecto de los soldados que me rodean y por la gratitud de las polacas que se reunen bajo la insignia de la Cruz Blanca. Las aldeanas me saludan por todas partes como a una hermana, y me siento feliz porque puedo hacer el bien, mucho bien.

"Entendemos que los polacos de América han despachado un buque de socorros, con alimentos para sus hermanos de aquí, y el pensar en esos socorros que vienen mantiene vivos a millares de infortunados. Los nombres de los polacos americanos están en todos los labios. Cada quien los bendice y ruega por ellos. Son nuestra única esperanza. Es tan difícil escribir. Hay tantas cosas de las que quisiera tratar, tantos pensamientos que se atropellan en mi mente, y tengo tan poco tiempo disponible."

Es probable que nunca más vuelva a inculparse al arte por incapacitar a los hombres para la práctica de cuestiones en que va la vida. Tantos músicos, pintores y actores han desempeñado con valor e hidalguía. Mme. Paderewski habla en su carta de otro pianista bien conocido:

"Ernst Schelling está aquí, trabajando con nosotros y en beneficio de Polonia lo mejor que puede. Pone toda su alma en la obra; nos enorgullecemos de semejante colaborador. También están con nosotros varios valientes oficiales de la armada y el ejército, americanos e ingleses. Nos rodean con afecto y cuidado. ¡Qué hombres más bravos y admirables son! Han resuelto partir mañana para Teschen, donde se están verificando acontecimientos terribles.

"De todo esto surgirá Polonia poderosa y libre. Pero a qué precio! La flor de nuestra juventud ya pereció. Pocos han sobrevivido. Rarae nantes in gurgite vasto.

"Servíos dar nuestros recuerdos a todos nuestros bondadosos y buenos amigos polacos y americanos que estuvieron a nuestro lado y trabajaron con nosotros y cuyo apoyo nos ha significado mucho. Pedidles que no abandonen a Polonia y a nosotros en esta hora de mayor urgencia, más que sigan adelante, como dicen los ingleses aquí.

"Dios os bendiga.

Helana Paderewski."

El editor de Musical America que escribe bajo el seudónimo de "Mephisto's Musings", nos cuenta que Paderewski no está "recorriendo un sendero alfombrado de rosas."

"No sólo ha combatido a los enemigos externos de este reino recién formado, sino que en el interior encuentra mucha oposición. Esta oposición proviene del elemento radical, que está ganando más influencia sobre la Europa Central, diariamente.

Paderewski, como sabéis, es un gran realista y un católico entusiasta. Hace poco trató de pronunciar un discurso en una junta política de Varsovia. En la asamblea predominaba el elemento socialista radical. La atmósfera del auditorio era de una excitación apasionada. Durante el discurso de Paderewski hubo frecuentes interrupciones, ruidosas protestas, fundándose en que su política era reaccionaria y no estaba de acuerdo con el pogreso social e industrial. En un momento dado, un gigantes-

co socialista se levantó y gritó a Paderewski:

"No olvidéis que este no es uno de vuestros conciertos. Si tocaseis el piano todos permaneceríamos quietos. Aquí, por el contrario, en esta asamblea tenemos tanto derecho como vos para exponer nuestras opiniones. No lo olvidéis."

EL REY ALFONSO XIII DICE QUE TANTO LAS REPUBLICAS AMERICANAS COMO

España están llamadas a representar un gran papel en la historia futura del mundo

Confieso que cuando ascendía por la alfombrada escalera del Príncipe, que da acceso a la Cámara Regia del Palacio de Oriente, el corazón me latía con fuerza. Mil consideraciones se agolpaban en mi mente, condensándose en las responsabilidades que a veces caen sobre el periodista que ha hecho honor de su profesión servir en todo momento la causa nacional y avizorar con exaltado patriotismo sus múltiples aspectos para informar a la gran masa, al gran núcleo, a la opinión, que le impone como tributo a su soberanía la sinceridad más absoluta.

Yo iba limpio de toda mancha. Mi pluma sólo había escrito con efluvios que bajan directamente del corazón a sus gavilanes. Defensora cien veces de la causa del orden y de la monarquía había trabajado siempre en el estudio, en la redacción, en el recinto sagrado de las íntimas convicciones, sin adentrarse en las esferas encarnación viva de los ideales como el llorado Balart, podía decir: "Limpio de ruin lisonja, en los palacios, por temor de adular, jamás canté."

Y, sin embargo, otro temor me asaltaba, al mismo tiempo que una ansia infinita acuciaba mi espíritu. Iba a pulsar la más alta representación de esta opinión, dos veces soberana. ¿Sabría recoger, expresar más tarde todo lo trascendental de aquellos que viera y oyera

En el terreno psicológico no eran menores mis vacilaciones, No conocía la regia personalidad. Sabía, sí, por nuestro director señor Luca de Tena, de su bondad, de su atracción poderosa, de su afabilidad, dádivas que concedía con magnífico y real desprendimiento Recordaba también una frase del maestro Unamuno: "Don Alfonso XIII gusta, ante todo de la sinceridad. No vive encerrado dentro de una muralla de la China, sino que busca a todos aquellos españoles que pueden llevarle un granito de verdad." Y esto me tranquilizaba, porque el periodista que tenía el honor de ser recibido ante las gradas del Trono había escrito siempre sobre espejos.

Así entré en la Cámara Regia:

Por los amplios ventanales se vislumbraba la plaza de la Armería. Tocaban las bandas de

música militares mientras los soldados iban y venían en relevo. Un pelotón de Lanceros irrumpía en la plaza, caracoleando sus jacos, flameando con furia las banderitas de sus lanzas.

En la puerta que conduce a las reales habitaciones, marcialmente cuadrados, esperaban órdenes los dos ayudantes de guardia con Su Majestad, saliente y entrante, coronel de Estado Mayor, Molins, el primero; y general Carranza, el segundo

A poco salió de despachar con Su Majestad el presidente del Consejo, el Conde de Romanones, que había llegado aquella mañana de su viaje a París, estaba desde las nueve con el Rey. Había durado dos horas largas su conferencia. Me acerqué a darle una enhorabuena muy sincera. Me dijo:

Le va a recibir su Majestad en seguida. Está ahora en audiencia el señor Roig y Bergadá Creo que será breve. Ya verá usted; va a conocer a un Rey bueno, inteligente, progresivo, que siente al unísono del pueblo y que, como el pueblo, solo ansía el bienestar y la prosperidad de la patria.

Las palabras del Conde de Romanones sonaron gratamente en mis oídos.

Había recibido además atenciones que nunca agradeceré bastante, del ilustre prócer, jefe supremo de Palacio y mayordomo mayor, marqués de la Torrecilla, y del secretario particular de Su Majestad, don Emilio María de Torres y todo ello me había dado la impresión de que en Palacio se veía con gusto que el periodista fuera recibido por el Rey.

Veinte minutos escasos habrían pasado cuando salió el político catalán. Marcaba el reloj de la Cámara las noce y media

Y entonces me requirió el coronel ayudante. Avancé hacia la puerta. En el umbral estaba Su Majestad. Al ir a besar su mano estrechó la mía con fuerza, en un movimiento de atracción, y conduciéndome a través de dos habitaciones, me introdujo en su despacho. Después, ante una butaca, puso ambas manos sobre mis hombros y me obligó a sentar. Yo estaba absorto de la sencillez y afabilidad con que el Rey me trataba. Creo que el agradecimiento se puede expresar sin palabras. En mi semblante debía notarlo don Alfonso. Y cuando, sonriente y alargándome un cigarro, comenzó a hablar, como si con una esponja se hubieran borrado de mi pensamiento todas las preocupaciones que hasta aquel momento le habían embargado, yo vi claro que estaba frente al Rey bueno, magnánimo, que ostenta el dón de la realeza con la suprema distinción que hizo exclamar a M. Fallieres: "C'est un charmeur."

Como conozco sus informaciones —comenzó diciéndome— su manera de hacer el periodismo, he preferido recibirle en mi despacho, en lugar de hacerlo en la sala de audiencias. Ahora, usted me dirá qué quiere que hablemos, aunque creo adivinarlo. Estamos en unos momentos en que los españoles tenemos idénticas ansiedades, los mismos sentimientos.

Señor; en mi modesta labor periodística he procurado siempre que al interés y a la sensación se unieran puntos de vista nacionales, exposición de valores patrios; siendo esto así, mi pretensión suprema ha sido alcanzar el honor de poderle decir al pueblo como piensa el Rey que aclaman, que reverencian a distancia y al que, me permito creer una compenetración que el pueblo sin duda ansía, le ha de producir idéntica satisfacción, puesto que constante da pruebas de merecerla.

Me escuchó con perfecta atención y..........

Los pueblos —exclamó— tienen un concepto falso de lo que son los reyes. El pueblo debe saber que no es un cargo cómodo llevar una corona. "Más es el reinar oficio, que dignidad" escribió Saavedra. Y esto es lo cierto. Le voy a dar a usted mi opinión sincerísima y leal sobre los reyes. Creo que no sólo se deben a los pueblos, sino que tienen que gobernar en una íntima compenetración con ellos, no teniendo ideas políticas, sino tan solo el interés de servir al país, percibir sus latidos y traducir en forma práctica, en estado latente, todas sus ansias, aspiraciones y necesidades.

Hablaba don Alfonso con seguridad; sus ademanes eran sencillos, trasluciéndose en sus palabras una gran fe, que me impresionaba profundamente. Continuó con viveza:

Y creo que el Rey que considere que la monarquía es la forma de gobierno salvadora para su patria, que cuenta con la fe de los leales, con los sentimientos populares, con la opinión del país, en fin, como debe luchar por él sin miedo a amenazas y sin temor por su vida, que ante la de la nación nada representa, antes que abandonar su puesto de honor debe perecer en la demanda!

Y con un tono de enorme sinceridad, de ansia de ser comprendido preguntba:

¿No es cierto? ¿No lo cree us-

ted así?.... Los reyes son valores políticos que sufren alzas y bajas, como una cotización de Bolsa. Lo que no comprendo son las dimisiones, las abdicaciones injustificadas. Porque el Rey tiene el deber de pulsar la opinión, de escrutar y sentir los latidos del país. En esto tiene una enorme ventaja la Familia Real Española, por ser de las más democráticas entre las familias reinantes. Y como, por otro lado, el pueblo español es tan sano de principios y tiene tan gran corazón, la inteligencia entre el Rey y el pueblo se nota antes, surge más pronto. De modo que mi pensamiento está claro. Mientras esta inteligencia exista, es preciso analizar los hechos con gran serenidad, procurar su resolución, poniendo por encima de todo las conveniencias nacionales, y tener el valor de afrontar las consecuencias cualesquiera que sean.

Calló el Rey. Tomó un sorbo de "cocktail", me invitó a hacer lo mismo y sacó de nuevo la pitillera. Yo, en mi fuero interno, establecía un parangón basado en la ley de herencia. Revivía en don Alfonso el templo heroico del Pacificador, la alta inspiración de Isabel II cuando exclamó, al atravesar la frontera en 1868: "Yo debí, y así lo pensé, tomar mi coche y presentarme súbitamente entre los dos combatientes de Alcolea. Y a fe que, si lo hubiese hecho, la revolución no habría pasado de una reforma."

Después insinué:

Y ahora, señor ¿qué política cree Vuestra Mujestad conveniente para España?

Es preciso ser optimista. ¡Hay que serlo en España! Los políticos tienen que convencerse de que hay que hacer política nacional, excluyendo en absoluto la partidista. En los seis mesec venideros se determinará el nuevo estatuto por que ha de regirse el mundo Y es preciso que ante el mundo nos presentemos unidos en todo lo que se refiera a intereses patrióticos, y tengo la firme convicción de que aún los que están fuera del régimen alienten el mismo ideal.

Cierto es —prosiguió que hay que hacer política económica, presupuestos; pero esto para dentro de casa; más allá de las fronteras tenemos que aparecer firmemente decididos a seguir una política francamente democrática, no en el sentido político que se le ha dado a la palabra, sino en un sentido más siglo XX, más social. Hay que llegar a la concordia del capital con el trabajo pyor medio de mutuas concesiones; unos, trabajando de buena fe; otros, pagando mejor.

Estamos ante los resultados de las trasmoción que se ha verificado en el mundo durante los últimos cuatro años. Desgraciadamente, hemos tardado algo en enterarnos, y es preciso ganar el tiempo perdido.

Un hecho positivo, verdad, y de gran trascedencia es que España ya no constituye una punta de Europa, sino que ha venido a ser un paso de tránsito mundial, siendo por lo tanto, preciso y muy urgente el acortar las líneas de comunicación entre el resto de Europa, Africa y América. Hay que tener en cuenta que si nosotros no lo hacemos, se nos impondrá: más aún, vendrán a hacerlo otros. No se trata sólo de nuestros transportes; España no puede ser un tapón.

Yo tengo en esto una posición muy clara. Vengo preconizando la línea directa de Madrid a la frontera. Un ferrocarril eléctrico con el que se conseguiría invertir en el viaje de Mdrid-París tan sólo diez y siete horas. Verá usted......

Se levantó rápido, fue a una mesa, revolvió entre varios libros y volvió con uno encuadernado en piel con cantos de oro. Extendió los planos.

Aquí está el proyecto. Vea usted; esta línea —y su dedo iba siguiendo una encarnada— marca el actual recorrido. Esta otra de puntitos pequeños, la línea recta; es decir la distancia más corta. Y la de trazos separa el trayecto proyectado. Fíjese

como se acerca a la recta, como se separa de la enorme curva del recorrido actual.

Las líneas que principalmente me preocupan son, ésta del direc to a Francia, el directo a Valencia, hasta Zaragoza, el de Confranc, hasta Barcelona, el de Aix -Ripoll y el directo a Algeciras. Todas de un metro cuarenta y cuatro; es decir, el ancho de vía intrenacional para facilitar estos transportes.

Durante largo rato el Rey discurrió sobre ferrocarriles. Yo le oía embelesado, porque todo aquello constituía una lección maravillosa de ingeniería. Imposible era seguirle en su explicación de trazados y velocidades, citando con pasmosa seguridad cifras y tecnicismos sobre las diferencias entre la tracción eléctrica y la de vapor para los ascensos y recorridos difíciles.

Idénticas fueron sus apreciaciones sobre riegos, sobre puentes, sobre carreteras; pero como hubiéramos notado una mayor predileoción por los transportes, desde un punto de vista internaciona, insinuamos:

Todo esto parece indicar que España se decide a entrar en la Sociedades de las Naciones.

España —respondió con firmeza— es una nación progresiva y está dispuesta a vivir en el concietro de las naciones. Por sus relaciones comerciales v por sus tratados, tiene que sostener una estrecha unión con sus vecinos. En este orden, el viaje del Conde de Romanones ha tenido una enorme importancia y un resultado de ventajas positivas, más que geográficas, por haber demostrado que estamos en condiciones de que se cuente con nosotros y de ser útiles.

No pude menos de decir al Rey: Vuestro primer ministro, Majestad, es un hombre de portentosas iniciativas.

Don Alfonso, sonrió complacido, y con un gesto que trascendía afecto y consideración; exclamó:

¡El conde de Romanones! Con sidero que es uno de los políticos que ha demostrado más valor durante la guerra, por la convicción de sus opiniones y por la forma de exponerlas. A España le está prestando un enorme servicio con su lealtad y con su patriotismo tan probado.

También el Ejército, Majestad, da constantes pruebas de su amor a España.

Iluminose el semblante del Rey, y con un calor muy simpático.

¡El Ejército! ¡Qué no daría yo por el Ejército! Una oficialidad que no pierde ocasión de demostrar que sólo le guía el bienestar del país; una tradición muy grande y muy gloriosa— y una ecuanimidad, efecto de haber presenciado varios cambios políticos, hacen que esté unido como un solo hombre al lado de la bandera. Ese ejemplo de patriotismo me lo han trasmitido mis oficiales y yo no sería digno de mandarlo si no estuviese decidido a ponerme al frente de ellos en todas las ocasiones precisas.

Dicen que ha llegado el momento de suprimir el Ejército; podrán venir limitaciones y armamentos, no digo que no; pero el haber presentado Wilson a las Cámaras el proyecto naval más fuerte que se ha conocido, es la mejor contestación a los que abogan por la supresión del elemento armado.

Lo que va a ocurrir es que los ejércitos se conviertan de ofensivos en defensivos, y ejerciendo funciones de política en bien de la humanidad. ¿Podrán evitar otra conflagración, y lo conseguirán?

De otros muchos temas trató Su Majestad en la conversación que se prolongó hasta las dos de la tarde. Preferente fue el de nuestras relaciones con las repúblicas americanas, base de una prosperidad firmísima para España.

Hay que tener una orientación completa hacia allí, decía, para lo cual tenemos una enorme ventaja sobre todos los demás países, pues siempre hemos recibido al americano como un hermano, y no como a personas a quienes es preciso explotar. Además, el americano que llega a España encuentra el msimo idioma, y las mismas costumbres, y yo aspiro a que se encuentre en una prolongación de su propio país.

En América se recibe siempre con un enorme entusiasmo la noticia de que Vuestra Majestad pudiera hacerla una visita.

En el año 1914, meses antes de estallar la guerra, tuve ocasión de decir, respondiendo a si pensaba ir a la Argentina a las fiestas del Centenario, que desgraciadamente, el fantasma de la guerra, estaba demasiado próximo, y que no podría en tanto no se disipase ese peligro alejarme de España; pero que tan pronto pase lo que yo consideraba como una catástrofe para la humanidad, iría, porque estoy deseoso de abrazar a aquellas repúblicas hijas de España, que si en un momento se emanciparon y nos dieron no pocos disgustos, como el tiempo ha disipado esos resentimientos y ya sólo nos queda el orgullo de haberles dado el sér, como a ellas el recuerdo de la Madre Patria, ahora neustras relaciones no pueden ser más

que de un mutuo afecto y respeto, pues tanto ellas como nosotros estamos llamados a representar un gran papel en la historia futura del mundo.

Había llegado Alba, el artista del objetivo, que ha reproducido en todos sus aspectos y diversas posturas al Monarca. Mientras preparaba los apartos, Su Majestad me enseñaba el despacho; un retrato del Archiduque Carlos, con uniforme de mariscal de la época de Napoleón caricaturas de todos los uniformes extranjeros; sobre una librería un soldadito; encima de una rinconera, una "manola" de papel de seda de las que venden en las verbenas madrileñas; por doquier, retratos de la Real Familia y de damas aristocráticas, mezcladas con objetos de arte y orfebrería; el techo, soberbia pintura de Francisco Balleu Al lado del despacho, un gabinete que se convierte en cuarto de baño, y el dormitorio, severo y sencillo, con un crucifijo —sobre la cama de bronce dorado— entre dos banderas, la española, roja y gualda, y la morada del regimiento del Rey.

Después de prestarse Su Majestad a varias "poses", nos invitó a que subiéramos para obtener unas fotografías de Sus Altezas el Príncipe de Asturias y los infantitos.

Por una escalera un tanto empinada, y despreciando el magnífico ascensor, subió Su Majestad los tres pisos, salvando los escalones de tres en tres.

La presencia del Rey en las habitaciones de los Infantes a hora desusada, produjo la natural alegría.

Terminaban el almuerzo en compañía del general conde del Grove, profesor de S. M. el Rey, ahora de los infantes. Faltaba el Príncipe de Asturias, que en aquellos momentos acompañaba a su augusta madre.

Entre la composición del grupo y el deseo de ponerse al lado del padre, que los acariciaba y sonreía, pasó largo rato. Tuvo que ponerse serio el conde.

¡A ver qué va a ser esto! ¡Todo mundo quieto!

Y la infantita María Cristina, instantes antes de disparar la instantánea, elevó el rostro hasta mirar a don Alfonso, colocado a su espalda y cogiéndolo de una solapa, aconsejó:

Sonríete, papá.

En los cuartos de recreo, con un gramófono y sus vitrinas repletas de juguetes; en los de estudio, con un museo chiquitín de historia natural, después de resolver el Infante Don Jaime una operación aritmética, dispusiéronse Sus Altezas a pasar la tarde, y despidiéronse de su augusto padre

Todavía visitamos las oficinas establecidas en la secretaría de Su Majestad para los prisioneros y heridos de la guerra, que han dado a nuestro Monarca tal consideración mundial como quizá Soberano alguno haya disfrutado nunca.

En un millón de pesetas se calculaban los gastos particulares que a Su Majestad el Rey han ocasionado estos trabajos.

En el Archivo de cartas hay la colección de elogios y bendiciones efusivas, que sólo un gran dolor mitigado o una pena consolada pueden producir. Un

(Viene de la 8a. página)

ingeniero agrónomo don Jorge García Salas y como propiedad de la empresa "**Ed. Aguirre Velásquez & Co.**"; pero hacemos constar su presencia en el estadío de la prensá en donde ocupa puesto importante y llena un vacío que ya se hacía sentir entre nosotros.

"**Diario de Centro América.**" —En artículo de fondo, el Diario consigna la noticia de que la casa americana de "**Amsink & Co.**" de New York, en combinación con la casa "**Clermont & Co.**" de Guatemala, han decidido adelantar fondos al ocho por ciento anual a los finqueros, dándoles las facilidades necesarias para el desarrollo de sus empresas, abonando la comisión del dos y medio por ciento sobre el capital recibido, y conservando el finquero la facultad de vender su café, aprovechando la competencia, a quien le pague mejor precio. Se dice tmbién que otras acaudaladas casas americanas decidieron también invertir fuertes sumas en la compra de café; y que lo que probablemente se distribuirá en este sentido en el país, ascenderá a la respetable suma de 24 a 30 millones de pesos oro americano.

Conversando con el Sr. don Carlos Barth, de la casa Clermont & Co., este Señor en tésis general señaló varios puntos de importancia, como el de la libertad en que quedaría el cosechador para aceptar o no la liquidación de la casa prestamista, abonando sólo el dos por ciento indicado, o sea en otros términos, que esas casas proporcionarán capitales al diez y medio por cien to anual, sin cobrar comisión en el momento de la entrega del dinero ni a la hora de recibo del capital o café.

En estos últimos días, la mencionada casa ha colocado más de quinientos mil pesos oro, y ha aceptado ya todas las propuestas que tenían en cartera, para colocar fondos.

Estas súbitas negociaciones —como muy bien dice el "**Diario de Centro-América**",— si bien vienen a robustecer las capacidades económicas del país y a ampliar sus horizontes agrícolas, por otra parte harán descender rápidamente el tipo de cambio, ocasionando así alteraciones y trastornos más o menos momentáneos, que es bueno tomar en cuenta, y formando un fenómeno inverso al anterior de la brusquedad en el alza.

Estos rápidos cambios de escenas financieras obedecen a leyes inalterables; pero no por eso, su presencia entre nosotros dejará de ocasionar perjuicios a ciertas clases; el estudio del problema es interesante y merece la atención de nusstros economistas.

Haremos todo lo posible por tratar la materia en nuestras columnas y al efecto veremos si es posible que persona muy entendida y competente nos honre con sus producciones, y si lo logramos, en los próximos números las acogeremos.

---

niño de Addlestone escribe a Su Majestad . en demanda de sellos de correo españoles para su colección: "Habéis sido tan bueno con nuestros prisioneros!", dice la misiva. "Escribo esta carta —termina— porque me gustáis más que otro Rey cualquiera."

Y Rostand, el inmortal poeta francés, que también se había dirigido a don Alfonso pidiendo ayuda para un soldado amigo que tenía a una mujer desconsolada, escribe:

"Sire: c'est uno chose de la plus haute elégance que cette lettre pour laquelle a cause d'un Roy promet a un poét de proteger une femme."

(Señor: Es de la mayor elegancia esa carta en la cual, a causa de un héroe, un Rey promete a un poeta que protegerá a una mujer.)

El Rey contempla su obra con la plena satisfacción de haber ido más allá del deber en su abnegación.

Ha sido —nos dice— una labor de humanidad, de la cual cada vez estoy más satisfecho. Hasta ahora fue una administración de caridad internacional; en lo futuro, será un museo de recuerdos heróicos que nos mantendrá en relaciones sentimentales y humanitarias con todas las naciones.

El Rey se despidió de nosotros con la misma gentil efusividad que al recibirnos; nos estrechó la mano, y con un gran afecto nos alentó a proseguir en nuestra labor y ofreció su ayuda.

L. Martínez DE LA RIVA

IMPRESIONES

Para "La Actualidad".

La hermosa, la gallarda, la elegante ciudad de Guatemala, sufrió hace poco el rudo golpe de las fuerzas plutonianas.

Se me oprimió el corazón cuando la ví con las señales marcadísimas del terremoto, en todos sus edificios y principalmente en sus templos, en esos templos que traen a mi mente —con toda la melancolía de las cosas para siempre idas— el evanescente recuerdo del antiguo ibero.

¿Quedará la aristocrática ciudad, la bella ciudad, que guarda para mí, dulces recuerdos imborrables, como un lugar histórico, que ofrezca atractivos e interés tan solo para el explorador y el arqueólogo? No! Porque para contento nuestro, ya está rehaciéndose, ya resurge —esplendorosa y garrida— de entre sus fatidicos escombros, gracias a la actividad y admirable energía del hombre distinguido, del progresista y eminente ciudadano que felizmente preside sus destinos.

Rogerio ZALDIVAR.

Guatemala, 24 de Junio de 1919.

LA ACTUALIDAD MUNDIAL

La información cablegráfica de los últimos días, considera la posibilidad de que se reanuden las hostilidades contra Alemania, si se obstina en no firmar, como parece ser su última decisión, los términos de paz impuestos por los aliados en las conferencias de Paris.

Se viene repitiendo con insistencia que esa es su actitud y se dice que el Mariscal Foch contando con esta contingencia, tiene dictdas todas sus disposiciones para una rápida y pronta invasión de Alemania, en donde por otra parte se asegura que en el Este, se han formado núcleos de tropas capaces de afrontarse de nuevo al combate.

Está tan fuera de toda lógica ese extremo, que nos resistimos a creer que Alemania tome una determinación tan grave que implicaría una segunda y muy segura derrota, porque si la primera vez fue vencida, teniendo inmenso material y todavía grandes contingentes de tropas, ahora que ha entregado todo y que tiene ejército allegadizo y falto de cohesión y entusiasmo, ahora, repitamos, el fin sería un desastre irreparable y de muy graves consecuencias en el porvenir, que afectaría generaciones enteras.

Esperamos que el buen juicio y no las pasiones del momento inspiren a los hombres de Estado teutones, para evitar a la patria mayores calamidades; y aun no sólo por ellos, sino para el mundo entero, entrar de nuevo en la dolorosa expectativa de días pasados.

Las cosas deben tomarse como vienen forzosamente por ley natural de los sucesos, y no como deseemos nosotros que se verfiiquen.

Afortunadamente la política tiene cambios tan bruscos, que puede suceder que a última hora se llegue a un avenimiento, y todo vuelva al estado de paz que anhela el mundo.

IMPORTANCIA DE UNA VISITA A

México efectuada por comerciantes americanos

Procedente de Laredo llegó al Misterioso México, un tren de carros Pullman llevando cincuenta miembros de la Cámara de Comercio de San Antonio, quienes visitaron las principales ciudades del país tanto tiempo devastado por los grupos revolucionarios. El acontecimiento es digno de especial mención, porque desde hace cuatro años ninguna partida de individuos pacíficos se ha aventurado a una gira de esa naturaleza.

Cuando los sanantonenses regresaron a territorio americano, México ya no les parecía oscuro. Tal como lo vieron no era un país de disturbios y calamidades. Quizá algunos de los viajeros se sintieron nerviosos cuando en el lujo de su tren llegaron a México, experimentando el recelo de sufrir de un momento a otro el ataque de los insurrectos, de día o de noche. Es posible que algún tren "piloto" lleno de soldados federales haya ido a la cabeza de la excursión, como en aquellos días en que a menudo el tránsito se veía interrumpido por la explosión de la dinamita, siendo imposible marcar itinerario.

Pero en la historia de esta expedición no hubo alarmas de esa suerte. Si vive todavía Pancho Villa indudablemente perdió la oportunidad de desbaratar el programa de hospitalidad; en todo caso permanece en pie el hecho de que el gobierno de Carranza controla los ferrocarriles que corren al Norte de Ciudad-México y puede ofrecer protección a un tren especial.

Un incidente deplorable de seguro habría causado una penosa impresión en los Estados Unidos. Nuestros hombres de comercio tuvieron, no obstante, un tiempo favorable, viajaron tres mil millas y gozaron de toda clase de comodidades. Muy diferente hubiera sido al correr el peligro de una jornada de Vera-Cruz a la capital, en el cual territorio los felicistas todavía se mantienen en rebelión.

Citar las ciudades donde los americanos fueron recibidos con derroche de hospitalidad, equivale a mencionar los lugares que fueron teatro de luchas desesperadas entre huertistas y carrancistas, y más tarde de sangrientos encuentros entre las facciones revolucionarias: Monterrey, Victoria, Tampico, Linares, Saltillo, Querétaro, Celaya, Torreón y Piedras Negras, para sólo nombrar unos cuantos. Torreón fue el centro de terribles conflictos. En Piedras Negras resonó el rugido de los cañones. En Celaya obtuvo Obregón una famosa victoria sobre Villa. Monterrey sufrió grandes daños cuando los villistas, después de bombardearla, invadieron las calles y pelearon pecho a pecho con las tropas carrancistas.

Los comerciantes americanos llegaron a Aguascalientes, donde, —cuando Villa se encontraba en el apogeo de su gloria,— se celebró una convención para arreglar las diferencias de los revolucionarios, pero fallaron en su propósito. Los viajeros pasaron a Guadalajara, Perla de Occidente; a San Luis Potosí, a Zacatecas, y como es lógico tuvieron días de fiesta en la capital.

Desde el principio hasta el fin de la aventura —pues tal consideran los sanantonenses su gira— no hubo ni una sola malapasada ni acto hostil, ninguna manifestación de disgusto por los "gringos". Los excursionistas fueron agasajados de una manera soberbia, vieron todo, escucharon los elogios que hacían de su patria, y les prodigaron las cosas buenas.

En el Café de Chapultepec de Ciudad-México se dio un banquete de viandas exquisitamente confeccionadas, las que fueron servidas de un modo irreprochable. Tocaron dos orquestas, una de ellas dirigida por el compositor Lerdo Tejada, ejecutando aires nacionales de los dos países.

En otro banquete los americanos escucharon el discurso pronunciado por José L. Cosio, miembro de la Confederación de las Cámaras de Comercio Mexicanas, que fue muy elocuente y simpático; desarrolló el tema de la influencia civilizadora de las reuniones de los hombres de comercio de los diferentes países. Los viajeros concibieron una nueva idea del mexicano educado.

Los americanos salieron de Ciudad-México en un amigable estado de ánimo, en la convicción de que para estrechar relaciones con el pueblo azteca sólo se necesitaba la clase de contacto que ellos habían efectuado. Se prepara en la actualidad el camino para llegar a una mejor inteligencia, y el americano común pronto comprenderá que hay

otro mexicano además del bandido guerrillero. La excursión de San Antonio es una de las muchas que han proyectado las Cámaras de Comercio. Dallas y Chicago se pusieron en contacto con los comerciantes mexicanos en abril, y a Nueva York se le acerca su turno.

Los americanos encontraron como grotesca exageración la especie de que México ha sido desoldado por la revolución, que los museos han sido saqueados, los monumentos arrasados, las iglesias robadas y todas las glorias del país manchadas o extinguidas. Visitaron el Museo Nacional y vieron que sus tesoros permanecían intocados. El Parque de Chapultepec se halla tan hermoso como antaño y bien cuidado. Las famosas calles, como el Paseo de la Reforma y la Avenida Juárez se mantienen tan imponentes como antes. Querétaro y Guadalajara apenas han cambiado, y así como éstas unas cuantas más ciudades atractivas. Guadalajara, particularmente, agradó a los visitantes por sus calles limpias y bien pavimentadas, sus hermosas casas, sus lujosos jardines y sus brillantes iluminaciones por la noche.

Una gira al Lago Chapalla, con sus notables bellezas naturales, los cautivó sobremanera. Tuvieron oportunidad de ver a Cuernavaca, la radiante. Este lunar de belleza de México fue por varios años el cuartel general de Zapata, y corren historietas de que despreció sus encantos y profanó sus iglesias. Aparentemente no figuraba en el itinerario, y han debido referirse a la guía de Philip Terry, que contiene un poema en prosa acerca de Cuernavaca, con la insinuación de que nadie ha de morir sin verla. Tal vez Zapata se encontraba allí en su residencia, cuando los americanos banqueteaban en los jardines flotantes de Xochimilco, contiguos a la capital.

Esta magnífica visita de los comerciantes americanos al "MAS OSCURO MEXICO" de la imaginación fue, sin duda alguna, una inspiración feliz. Deliberaron con los comerciantes y oficiales aztecas sobre una misma base de igualdad, de intercambio amistoso y se rectificaron algunas ideas erróneas. Encontraron una educación y refinamiento en México no limitados como se había supuesto. Vieron que la industria revivía, porque el orden se había restablecido en muchos lugares. Observaron que el sistema ferroviario estaba en buen funcionamiento. Dieron por sentado que, después de todo, debía existir algún patriotismo entre los mexicanos.

"Los gobernadores de los varios Estados por los que pasamos —dice el Presidente Haille de la Cámara de Comercio de San Antonio, en su mayoría eran jóvenes de espléndida competencia, altamente educados y progresistas."

Se ha mejorado el camino para estrechar relaciones con los mexicanos. Si el gobierno puede sostenerse y se muestra liberal, lo bastante fuerte para acabar con todo desorden y proteger a los extranjeros, la ayuda financiera que tanto necesitan para levantar al país dejará de ser un problema enojoso.

LA EMPRESA DE ATRAVESAR EL ATLANTICO INICIADA POR LOS NC

El vuelo de los hidroplanos NC a las Islas Azores, ha sido un acontecimiento que ha puesto a la Armada Americana muy adelante en materia de aeronautica. Se proyectó bien, y se llevó a cabo con mucho valor y habilidad.

Antes de los NC ningún hidroplano ni aeroplano habia hecho un recorrido de 1000 millas en línea recta sin detención alguna. El vuelo continuo más largo es el que se atribuye al Capitán G. Lauriati, que viajó de Turin a Nápoles, ida y vuelta, el 29 de agosto de 1917, cubriendo una distancia de 920 millas.

Es natural considerar que esta hazaña, excelente como fue, no se compara en peligro, audacia, fortaleza físiea y resistencia, a la proeza de los marinos americanos que los llevó a condiciones atmosféricas desconocidas, y a la oscuridad de la noche sobre las olas bravías de un Atlántico, al dirigirse los aviadores hacia el Centinela del Océano, las Azores.

En el éxito que logró l empresa de los intrépidos americanos, la imaginaoión de los hombres se siente aguijoneada. La fantasía vuela a representar en el interior de nuestra mente el sitio aquel en que el pabellón de las Barras y Estrellas tremoló en triunfo.

El pueblo americano, cuya fe en su marina no vacila nunca, porque ésta jamás ha fallado, se ha llenado de orgullo al tener noticia de que el servicio ha sido arrojado y eficiente tanto en el agua como en el aire, cualquiera que haya sido el caso de emergencia. Hay un estremecimiento de regocijo en la hazaña del insólito vuelo a las Azores, que viene a compensar la austeridad del peligro que corrió la aviación americana al tratar de colocarse a la vanguardia.

El considerar el grandioso salto a las Azores, como una proeza de deporte, sería recelar del motivo y propósito del Departamento de Marina.

El vuelo, que ha de seguirse a Portugal e Inglaterra, fue una prueba a que sometieron los nuevos aparatos fabricados por los constructores navales asociados con Glenn H. Curtiss (de donde el nombre NC—Naval Curtiss), y una espléndida ocasión de que los mejores aviadores de los Estados Unidos, el Comandante Towers, el Teniente Comandante Bellinger y el Teniente Comandante Read y sus tripulantes, mostraran el temple de su ánimo y el alto grado de su entrenamiento.

El Secretario Daniels ha manifestado que el vuelo a través del Atlántico ha vivido en proyecto dos años, pero que la orden de partida no podia darse hasta que todo estuviera bien preparado. La armada es competente, es experta; no confía en la ventura.

Se impartieron instrucciones para que el vuelo se verificara de la manera más prudente y segura, sin tomar en consideración la rivalidad que podía surgir con otros servicios aéreos, o entre los aviadores que buscaban la gloria y la recompensa.

Mientras el Comandante Towers y su flotilla ha realizado una gran cosa, creemos que no nos compete a nosotros el hacer el elogio de su labor y de su prestigio; pero sí entraremos en el examen de la rivalidad que parece existir entre los aviadores ingleses y americanos en Terranova. El hecho nos recuerda un amanecer de Calais, hace diez años, el 5 de julio de 1909, cuando un francés Luis Bleriot, asombró al mundo al volar sobre el Canal de la Mancha en un frágil monoplano, cuya construcción apenas le importaba $2.000.

Bleriot tenía su rival en Humberto Latham, que hacía seis días había caído al mar, hallándose todavía a muchas millas de distancia de Calais, pero que no perdió la intrepidez para efectuar un nuevo empuje.

Latham debe haber sido un filósofo de calma, pues estaba durmiendo tranquilamente en la mañana del 5 de julio, aunque sabía que su rival Bleriot se encontraba allí, y que en un viaje de ensayo volvería a lanzar su monoplano por sobre la superficie de las aguas. Alguien despertó a Latham de su sueño, y muy a su pesar vio salir a Bleriot, cuando apenas clareaba, en aquel vuelo que le conquistó el laurel del triunfo.

Era una mañana de domingo, y cuarenta minutos más tarde los madrugadores de Dover vieron al intrépido francés bajar del aire después que su aeroplano describió unas cuantas volteretas.

Es de notarse, porque las cir-

cunstancias ponen de relieve la habilidad, valor y buena suerte de Bleriot, que Latham ensayó de nuevo atravesar el canal y una vez más cayó al mar, pero lo bastante cerca de Dover para ver los blancos arrecifes de la playa, la población y las olas que morían a sus pies.

Entre el vuelo a través del Paso de Calais y el transatlántico hay una diferencia que sirve para mostrar el admirable progreso que se ha realizado en la aviación en menos de diez años. En 1909, se consideraba como un deporte de un futuro muy vago, muy oscuro. Un año antes de que Bleriot volara sobre el canal, un periódico inglés publicaba la opinión oficial de las autoridades del ejército acerca de las aeronaves. En los altos círculos militares, se declaraba la aviación como un fracaso por las siguientes razones:

"Nuestra propia aeronave, el Dirigible No. 1, cedió a las condiciones atmosféricas. El aeronave del Conde Zeppelín, cuando se sometió a una seria prueba, en la que se jugaba una suma no menor de cien mil libras esterlinas, no tardó en fallar. El aeroplano de Mr. Farman iba a ser puesto a prueba en este país; pero no se encontró lugar a propósito para sus experimentos, a causa de los árboles y de los alambres del telégrafo. Todo esto indica falta de valor práctico en los varios aparatos de los que tanto se ha hablado en la prensa continental. Cuando sea posible atravesar el Canal, digamos con una partida de excursionistas, y se desembarque en un lugar fijo, el Ministerio de la Guerra estará dispuesto a tomar en consideración seriamente los experimentos recientes."

Sólo la emergencia de la guerra pudo despertar la mente oficial de su apatia, y entonces Bretaña, recobró su sentido. En el momento en que se firmó el armisticio tenía 22.000 aeroplanos, según informe del Ministerio de Aviación.

Fue realmente la conflagración europea la que estimuló la inventiva, la habilidad y la intrepidez, hasta que el aeroplano llegó a realizar cosas que no se soñaron en los días en que Bleriot hacía sus experimentos sobre el Canal de la Mancha en su frágil monoplano.

Y sin embargo, en los siete años de gestación, es decir de 1902 a 1909, creemos que el progreso en materia de aeronáutica fue fenomenal. En octubre de 1902, los hermanos Wright volaron 622 pies en Kitty Hawk, y al siguiente año se arregló un motor para equipar sus planos.

Ese año permanecieron en el aire cincuenta y nueve segundos. Pasaron dos años antes de encontrar un motor apropiado, y entonces hicieron el primer vuelo que suministró al mundo material de conversación: veinte y cuatro millas en treinta y ocho minutos y tres segundos, velocidad media que excedía en treinta y siete millas por hora. En 1905, los Wright efectuaron cuarenta y cinco vuelos, pero la suma de las distancias recorridas no atrajeron la atención resumidas en un sólo vuelo.

Tres años más tarde, en 1908, Wilbur Wright, fue a Francia a probar que los ahora famosos hermanos tenían un modelo mejor que el francés, que había estado verificando notables hechos en el aire.

Los primeros ensayos del americano fueron desalentadores, debido a descomposturas en la maquinaria, pero el 16 de septiembre de 1908, voló 39 minutos y 18 segundos, batiendo el récord en Francia. El 31 de diciembre alcanzó Wilbur su mayor triunfo; permaneció en el aire dos horas, veinte minutos y veinte y tres segundos. Por entonces predijo que se podía llegar en aeroplano a una altura de 3.000 a 5.000 pies. En 1919 se llegó a lograr seis veces más del máximun predicho en 1908.

El hombre, después de cuatrocientos años de experimentación, ha aprendido a volar mejor que el águila y el cóndor. Todos los libros que tratan sobre el particular, dan a Leonardo Da Vinci, que fue ingeniero, tanto como pintor y escultor, el mérito de haber dibujado primero el par de alas con las cuales el hombre bípedo disputaría a las aves el reino del aire. En 1500 se publicó el diseño, y los libros están llenos de esquemas de aparatos que ahora provocan risa.

Pero cuando alboreó el actual siglo todavía había hombres que trataban de volar por su propio esfuerzo muscular. Hasta que se inventó el primer motor de gas, hubo esperanzas de que los juguetes se convirtieran en aparatos de utilidad práctica en la aviación. El motor de gas se perfeccionó muchísimo antes de que fuera posible efectuar un vuelo largo.

El aeroplano dio margen al hidroplano; pero el desarrollo de este último que requiere un motor poderoso para que lo levante del agua, fue más lento.

Hace un año, W. H. Berry en su "AIRGRAFTH IN WAR AND COMMERCE" (La Aviación en la Guerra y en el Comercio", predijo: "Cuando se atraviese en el vuelo el Atlántico, posibilidad que se realizará cualquier día, se empleará una máquina de este tipo" (refeńase al hidroplano).